

Definiciones de pertenencia e identidades oficialistas en la Argentina de Néstor Kirchner y el Brasil de Luiz Inácio Lula da Silva

María Dolores Rocca Rivarola^{1}*

Resumen

Este artículo analiza las definiciones de pertenencia e identidades halladas al interior de dos conjuntos oficialistas, el de Luiz Inácio Lula da Silva (primer gobierno) y el de Néstor Kirchner. En el marco de dos escenarios nacionales que compartían el rasgo de una intensa y permanente fluctuación de las identidades políticas y del comportamiento electoral, un interrogante central del trabajo es cómo esos escenarios incidían sobre el modo en que distintos actores partidarios y políticos pertenecientes a la base de sustentación activa del presidente definían su propia identidad e interpretaban su pertenencia al conjunto oficialista. En primer lugar, se presenta un relato introductorio de la llegada de ambos líderes a la presidencia. En segundo lugar, se expone la doble vertiente del marco conceptual que ha organizado la investigación. En tercer lugar, se desarrolla el modo en que los entrevistados interpretaban sus propios contextos nacionales de fluctuación política y volatilidad electoral. En cuarto lugar, se reflexiona, a partir de los relatos de

¹ Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires (UBA). Argentina.

los entrevistados, sobre lo que ocurrió con la identidad petista y peronista al interior de los gobiernos de Lula y de Kirchner durante el periodo. Por último, el artículo se pregunta sobre distintas identidades parciales existentes al interior del conjunto oficialista y también acerca del significado que tenía para estos actores la pertenencia al oficialismo.

Palabras clave: Identidades políticas, oficialismo, presidente, Gobierno, Partido Justicialista, Partido de los Trabajadores, coalición, alianzas.

Abstract

This paper analyzes the definitions of belonging and identities found within two government supporting ensembles (*oficialismos*), the one formed around Luiz Inácio Lula da Silva (first term) and the one that converged around Néstor Kirchner. In the context of two scenarios that shared the feature of an intense and continuous fluctuation in political identities and a volatile voting behavior, a central question is how these scenarios influenced the way different political and partisan actors that belonged to the president's active base defined their own identity and membership to that supporting ensemble. First, we present an introductory account of the arrival of the two leaders to the presidency. Second, we structure the two parts of the conceptual framework that has organized the research. Third, we analyze how respondents interpreted their own national contexts of political and electoral volatility and fluctuation. Fourth, we look at the accounts of those interviewed to discuss what happened with the PT and the PJ identity within Lula's and Kirchner's governments. Finally, the paper reflects on different partial identities existing within the government supporting ensembles under study, and also on the meaning those actors gave to belonging to the government.

Keywords: Political identities, government supporting ensembles, president, government, Peronist Party, Workers' Party, coalition, alliances.

Introducción

¿Qué es pertenecer al oficialismo? ¿Qué implicaba esa pertenencia para los propios actores colectivos que lo integraban (organizaciones y

espacios oficialistas)², en un contexto definido por la fluctuación de los alineamientos políticos y de las identidades?

Este artículo es parte de una investigación más amplia que se ha propuesto abordar las bases de sustentación activa y organizada de los presidentes Luiz Inácio Lula da Silva (primer mandato) y Néstor Kirchner desde la perspectiva de legisladores, militantes y dirigentes de diferentes organizaciones oficialistas³, para comprender el modo en que se formulaba la pertenencia al conjunto, el vínculo con el gobierno y la interacción intraoficialista y para, a partir de ello, identificar dinámicas internas propias de ambos oficialismos.

Defino para ello al oficialismo como el conglomerado de sectores organizados (con distintos niveles de organización interna) que fueron confluyendo, alejándose y realineándose en torno de las figuras de Kirchner y Lula. En otros términos, la base de apoyo activo en la que se sostenía el presidente, y cuyas organizaciones y espacios políticos desarrollaron manifestaciones públicas de apoyo a la política oficial o a la figura misma del primer mandatario a lo largo del periodo escogido por el recorte temporal (2002-2006 en Brasil y 2003-2007 en Argentina, es decir, el primer mandato de Lula y el gobierno de Kirchner). La decisión de utilizar la noción de oficialismo (que podríamos traducir al portugués como *governismo*), que formaba parte del lenguaje cotidiano de los propios actores y de los medios de comunicación, se fundamenta en el propósito de distinguir a ambos conjuntos de la idea de "partidos oficiales" y de "coaliciones partidarias". Dadas las particularidades del escenario político en esos años, pensar esos conjuntos en términos de partidos gobernantes implica una reducción forzada de la amplia heterogeneidad de organizaciones y espacios que conformaban la órbita política de ambos presidentes, e incluso una distorsión de la composición y dinámicas de esos conjuntos. El concepto de oficialismo, entonces, no solo ha contribuido a

² La noción de actores es aquí utilizada en términos colectivos, en referencia a organizaciones y espacios (aquéllos que no lograron estructurarse como organizaciones) oficialistas, no a los entrevistados concebidos en términos individuales. Cuando sea ése el caso, lo especificaré a través del término "actores individuales".

³ Los entrevistados ofrecían, en tanto miembros de organizaciones y espacios, perspectivas y puntos de vista producidos colectivamente.

evitar una caracterización distorsiva de esas bases de sustentación que las presente como dominadas por partidos con una vida interna unificada y con incidencia efectiva sobre la política de gobierno, sino que, a su vez, ha permitido incluir en el análisis a actores no organizados en partidos (como el espacio transversal) y también a dos sectores, además del partidario, que tenían una presencia clave dentro de esos conjuntos (las centrales sindicales y las organizaciones sociales).

Es decir, he distinguido para su análisis tres sectores dentro del conjunto oficialista: organizaciones sociales (*Movimento Sem Terra*, Barrios de Pie/Libres del Sur, Movimiento Evita, Federación Tierra, Vivienda y Hábitat, Frente Transversal Nacional y Popular), centrales sindicales (Confederación General del Trabajo, Central de Trabajadores de Argentina y *Central Única dos Trabalhadores*), “espacio partidario” (*Partido dos Trabalhadores*, Partido Justicialista y distintas fuerzas políticas aliadas). No se ha pretendido una enumeración exhaustiva de cada componente dentro del oficialismo —cuyas fronteras, por otra parte, se han advertido borrosas e inestables a lo largo del periodo—, sino que se han seleccionado distintas organizaciones y espacios de dirigentes agrupándolos en tres sectores que a su vez fueran comparables entre ambos países. Esta delimitación ha sido asimismo el criterio tomado para la realización de entrevistas y para el relevamiento de material elaborado por las propias organizaciones.

Este artículo versa sobre definiciones de pertenencia e identidades halladas al interior de dos conjuntos oficialistas y en el marco de un escenario de fluctuación permanente de las identidades políticas y del comportamiento electoral. En primer lugar, presentaré un relato introductorio de la llegada de ambos líderes a la presidencia. En segundo lugar, expondré la doble vertiente del marco conceptual que ha organizado la investigación. En tercer lugar, será desarrollado el modo en que los entrevistados interpretaban sus propios contextos nacionales de fluctuación política y volatilidad electoral. En cuarto lugar, se reflexionará, a partir de sus relatos, sobre lo que ocurrió con la identidad petista y peronista al interior del gobierno durante el periodo. Me preguntaré, por último, sobre identidades parciales al interior del conjunto y también acerca del significado, para estos actores, de pertenecer al oficialismo.

La constitución del oficialismo en los gobiernos de Lula y Kirchner

Luiz Inácio Lula da Silva llegaba al poder luego de más de una década de participación del Partido de Trabajadores (PT) en elecciones presidenciales. Él mismo sostenía, durante la campaña de 2002, que esa elección era la última para él como candidato a la primera magistratura. Detrás de Lula había un robusto armado organizativo que incluía al PT, a partidos menores, a la Central Única de Trabajadores (CUT) —aquella central sindical que había llevado a cabo una férrea oposición al gobierno de Fernando Henrique Cardoso—, al propio Movimiento Sin Tierra (MST) —el mayor movimiento social del país— y a organizaciones menores.

Pero además, 2002 sería el año de génesis de una base de sustentación aún más amplia —y conflictiva— para el candidato petista, y de una campaña electoral novedosa para el PT en cuanto a los recursos utilizados y al modo de presentación del candidato ante la ciudadanía. Se intentaba con ello que el histórico sindicalista de origen nordestino se convirtiera en una figura aceptable para la mayoría del electorado brasileño.

En Argentina, Néstor Kirchner había crecido como dirigente político en la Provincia de Santa Cruz, gobernándola desde 1991 a 2003. Pensando en una eventual candidatura presidencial exitosa para 2007, Kirchner había iniciado una estrategia de visibilidad de su figura a partir de la crisis de 2001. En el verano de 2003, sin embargo, luego de descartar otras opciones, Eduardo Duhalde, entonces presidente interino, decidía patrocinar a Kirchner como su candidato a sucederlo. Ese impulso le significaba al postulante el alineamiento de una porción de las redes del Partido Justicialista (PJ) de la Provincia de Buenos Aires y, en menor medida, de otros distritos del país. Pero también le permitía mostrar a la opinión pública la imagen de una continuidad de su futura gestión con el gobierno de Duhalde, a través de la selección de Daniel Scioli como compañero de fórmula y el compromiso de permanencia de Roberto Lavagna como ministro de Economía.

Con una base realmente propia muy reducida —algunos actores del PJ, sectores minoritarios del sindicalismo, y un pequeño entorno de dirigen-

tes y ex funcionarios de la gobernación de Santa Cruz—, Kirchner salía segundo en las elecciones presidenciales de abril de 2003 y asumía como presidente dada la negativa del ganador, Carlos Menem, a participar de una segunda vuelta electoral.

A partir de la popularidad de ambos presidentes, que fue creciendo a lo largo de sus respectivos mandatos, y de una necesidad de ampliar su base de sustentación, se configuraban, alrededor de estos líderes, conjuntos heterogéneos, no solo de distinta procedencia política sino también con organizaciones por fuera del espacio propiamente partidario. Organizaciones sociales, por ejemplo, cuya gravitación pública y política se incrementaría en comparación con experiencias de gobierno previas.

Así, con esos orígenes disímiles, Kirchner y Lula encabezaban cada uno, un año después de su asunción como jefes de Estado, una base de sustentación activa y mucho más amplia y heterogénea que la que los había acompañado antes.

En ambos países estos gobiernos suscitaron divisiones al interior de diversas organizaciones al producirse lecturas muy diferentes entre sí sobre su rumbo y carácter. Por ello ha sido difícil para las ciencias sociales estudiar a ambos conjuntos oficialistas desde perspectivas que no se asuman militantes a favor o en contra de los mismos, desde una mirada que no procure reivindicarlos ni tampoco criticarlos. En ese sentido, estudiar las bases de sustentación de estos dos presidentes a partir de las interpretaciones y testimonios de sus propios protagonistas ha sido un modo de sortear ese obstáculo, pero, a la vez, de meterse en aquella discusión política sobre lo que ambos gobiernos implicaban o eran a través de la mirada de sus propios actores. Como afirma Vommaro (2004),

En ocasiones, al abordar fenómenos políticos, nos encontramos con cuestiones tan actuales que, al ser objeto de disputa simbólica por parte de los mismos actores estudiados, la aproximación desde las ciencias sociales necesita de herramientas analíticas que le permitan tomar distancia de esa disputa sin perder, en ese movimiento, su especificidad fenomenológica (Vommaro, 2004: 157).

Me referiré a ambos oficialismos enfocando la atención en los distritos en los que fue realizado el trabajo de campo⁴ (San Pablo, Río de Janeiro, Ciudad de Buenos Aires y conurbano bonaerense —especialmente La Matanza—), con lo cual los argumentos que sean esbozados en este artículo se circunscribirán a las definiciones de pertenencia de los actores de esas localidades, y no, por ejemplo, los de Salta (Argentina) o los de Minas Gerais (Brasil).

Dentro de esos conjuntos el foco ha sido colocado en las definiciones de pertenencia de sus propios actores, a través de la realización de entrevistas en profundidad. Se ha apuntado, con ello, a retomar la apelación de Svampa (2009) a superar la tendencia de parte de la sociología argentina a estudiar las transformaciones del vínculo social y político a partir de enfoques que privilegian una mirada “desde arriba” (Svampa, 2009: 24). En palabras de la autora,

la actual crisis por la que atraviesan los modelos de referencia en las diferentes dimensiones de la vida social nos obliga a adentrarnos en los marcos de significación de los actores, a reflexionar acerca del proceso de destrucción y recomposición de las identidades sociales a partir de la variedad de respuestas que los sujetos elaboran (Svampa, 2009: 24).

Marco conceptual: la discusión teórica y el diagnóstico como punto de partida

El estudio de los oficialismos ha sido desarrollado en este artículo a partir de una doble vertiente conceptual.

En primer lugar, se parte de un diagnóstico de transformación del lazo político a nivel general (Manin, 1992), de una escena —latinoamericana pero también anunciada en otros continentes (Montero y Gunther, 2002), aunque con matices en cada caso— de formatos de representación diferentes al concebido tradicionalmente como “democracia de partidos” desde la Ciencia Política. En ese formato de “democracia de partidos” se definía

⁴ En ambos casos se realizaron entrevistas semiestructuradas a militantes y dirigentes partidarios, de organizaciones sociales y centrales sindicales. Para este artículo solo he tomado a las entrevistas hechas a militantes y dirigentes del sector espacio partidario (23 en Brasil y 31 en Argentina).

a los partidos a partir de su capacidad de configurar identidades políticas fieles al sello partidario, o de condicionar eficazmente la autonomía de los miembros, sometidos a la disciplina impuesta por la estructura partidaria (Duverger, 1957; Sartori, 1980 [1976]; Michels, 1972). Pero los indicadores de esa identidad partidaria estable (Greene, 2004) —vigencia de un voto constante (y unificado entre los distintos niveles) al partido de preferencia a lo largo de sucesivos procesos electorales, escasa manifestación de fenómenos como la defección partidaria, y nutrida participación en actos políticos de esa fuerza— han sido sacudidos por las mutaciones en el formato representativo. La proliferación de electores que, en las encuestas de opinión, se niegan a identificarse con algún partido en particular, la caída en los niveles de afiliación a los partidos, el debilitamiento de los vínculos estructurales y psicológicos entre los partidos y los ciudadanos (Montero y Gunther, 2002), y la posibilidad de los líderes políticos de prescindir de los cauces partidistas tradicionales, por lo menos, a la hora de establecer un vínculo identitario con sus votantes (Montero y Gunther, 2002; Manin, 1992), termina convirtiendo a los partidos en meros dispositivos electorales de los que se valen líderes de popularidad para competir en los comicios (Cheresky, 2006a).

Existe, por otra parte, bibliografía especializada que exhibe expresiones específicas del fenómeno de transformaciones del formato representativo y de las identidades políticas en Argentina y Brasil.

Observando los escenarios de asunción y mandato de los presidentes Lula y Kirchner, más que partidos de masas fuertes y comportamientos electorales e identidades políticas estables, asistimos a una escena político-electoral en ambos casos caracterizada por la volatilidad electoral, la fluctuación política de los propios dirigentes (defecciones partidarias, reconstitución frecuente de los bloques parlamentarios por el ingreso y salida de legisladores de sus respectivos espacios políticos) y la personalización de la oferta electoral.

Para comprender esas transformaciones en las identidades políticas en el contexto argentino han sido de especial utilidad las perspectivas de Cheresky (2006a; 2006b; 2006c; 2007), Palermo y Novaro (1996), Pousadela (2007) y Svampa (2009). Aunque el peronismo se caracterizó a

lo largo de su historia por autodefinirse a través de un formato organizativo más movimientista que partidario (Perón, 2006 [1952]; Levitsky, 2003) —luego, en los años ochenta la fracción autodenominada “renovadora” abogaría por su institucionalización en tanto “partido” (García y Montenegro, 1986; Altamirano, 2004; Gordillo y Lavagno, 1987)—, la capacidad del PJ para configurar identidades políticas duraderas, para mantener un electorado propio y estable a lo largo de los años y asegurar ciertos niveles de disciplina interna no era menor que la descrita por los autores clásicos mencionados antes para los partidos de masas tradicionales. Todo ello, sin embargo, ha ido experimentando profundos cambios, iniciados en forma incipiente a partir del retorno a la democracia (1983), e intensificados con la crisis de 2001. Y el kirchnerismo, asimismo, especialmente desde 2004, se postularía como un lazo político que trascendía ampliamente al PJ y cuya convocatoria ni siquiera apelaba a sus seguidores en los primeros años en términos centralmente peronistas (Carlos Altamirano, entrevistado por Natanson, 2004).

Para el caso brasilero, aunque esa misma fisonomía de la representación no era producto de transformaciones recientes, como en Argentina, sino que estaba asociada íntimamente al propio sistema (Mainwaring, 1999; Pousadela, 2007), se ha observado desde la transición democrática (1985) una progresiva profundización de esas tendencias. Así, no se producía una estabilización del comportamiento electoral (Kinzo, 2005), y disminuía el número de electores que exhibían preferencias o sentimientos partidarios (De Souza Carreirão, 2008), desarrollándose vínculos menos ideológicos y programáticos entre los partidos y el electorado (Mainwaring y Torcal, 2005). La escena partidaria se caracterizaba más bien por su contingencia, con grandes y rápidas variaciones (Palermo, 2000). Como manifestaciones de esos fenómenos, se asistía, por tanto, a campañas electorales centradas en los candidatos individuales y no en las fuerzas políticas, altos niveles de volatilidad electoral, migraciones partidarias al interior de las bancadas parlamentarias, un desconocimiento en el electorado respecto de a qué partido pertenecían los principales líderes políticos, e incluso sobre cuáles son los partidos brasileros. Mientras que algunos autores han anunciado en los últimos años una institucionalización y consolidación del sistema

de partidos (Santos y Vilarouca, 2008), otros trabajos han señalado, en cambio, una intensificación de esas tendencias (Hochstetler y Friedman, 2008), especialmente desde 2002, momento de llegada de Lula al poder (Paiva, Braga y Pimentel Jr., 2007), advirtiendo una creciente desafección con los partidos en general. Incluso el propio PT, sindicado en distintos trabajos (Kinzo, 2005; De Souza Carreirão, 2008; Freire de Lacerda, 2002; Mainwaring, 1999) como una suerte de excepción, como un partido que lograba una efectiva identificación del electorado en términos de un voto por el sello PT [*legenda*], no solo sufrió desde los años noventa transformaciones sustantivas (Palermo, 2003; Power, 2008; Guidry, 2003; Freire de Lacerda, 2002; Amaral, 2010) que acortarían en varios aspectos esa distancia respecto del funcionamiento de los demás partidos brasileños. Tampoco pudo lograr que el apoyo electoral a la figura de Lula —46,4% en 2002— se tradujera en un caudal de votos semejante para los candidatos legislativos y locales del PT (en el Congreso, los gobiernos estatales y los municipios), que fue menor al 20%. De todos modos, a diferencia de la mayoría de los demás partidos brasileños, el PT seguía manteniendo una vida interna en términos organizativos, un funcionamiento de sus autoridades (y procesos de selección de las mismas), pronunciamientos públicos como unidad política, disciplina interna, una continuidad de su sello en todo el territorio nacional brasileño para los procesos electorales y para el funcionamiento de su bloque parlamentario. De ese modo, se producía la paradoja de militantes actuando en el seno partidario y siguiendo lógicas propias del mismo pero a la vez en un ambiente de volatilidad electoral y con un presidente mucho más popular que la organización a la que pertenecía.

Esos escenarios políticos caracterizados, en ambos países, por identidades políticas fluctuantes en el electorado (e incluso en la dirigencia política) y por partidos políticos con poca capacidad de configurar y sostener en el tiempo esas identidades, exhibían, no obstante, matices, especialmente en torno a la historia de ambos países, dado que, en Argentina, ese escenario comenzó a perfilarse con la redemocratización y se consolidó luego de la crisis de 2001; mientras que, en Brasil, se trataba de una característica más estructural del sistema,

que algunos autores han creído progresivamente modificada y otros han considerado profundizada.

Una segunda perspectiva conceptual sobre la que se sostiene este artículo es la de identidades colectivas concebidas no como un conjunto de cualidades predeterminadas sino como una construcción nunca acabada, abierta a la contingencia, inmersa en el juego de las diferencias e íntimamente vinculada a la cuestión de la representación (Arfuch, 2002). Identidades descentradas y vinculadas con los significados que los actores individuales van elaborando de su propia experiencia (Elliot, 2001), que se constituyen como identidades cuando y si los actores sociales las internalizan y construyen su significado alrededor de esa internalización (Castells, 1997). Específicamente, se ha tomado a la identidad colectiva como delineada a partir de puntos de similitud —no importa cuán vagos, poco importantes o ilusorios sean o parezcan— que definen la pertenencia de personas a una colectividad, evocando, a su vez, la diferenciación (Jenkins, 1996). Las identidades han sido concebidas aquí como crecientemente contingentes y fluctuantes. Svampa (2009) ha resumido este estado de las identidades, para el contexto de las “sociedades periféricas”, señalando la progresiva desestructuración de los antiguos marcos colectivos de socialización, el consecuente “fin de las identidades ‘fuertes’”, y el ingreso a una era de identidades más efímeras, más centradas en la subjetividad de los actores, actores con compromisos políticos y sociales más parciales (Svampa, 2009: 21).

Como parte del andamiaje teórico utilizado en este artículo he acuñado nuevos términos para captar la riqueza y la heterogeneidad presentes dentro del espacio partidario de ambos países, que ya no podían ser comprendidas solo a través de la noción tradicional de “partidos políticos”. Es decir, siguiendo un diagnóstico sobre las transformaciones en los partidos políticos y el carácter fluctuante de las identidades políticas (Manin, 1992; Montero y Gunther, 2002; Cheresky, 2006b) me valdré de distintas formas de nominación alternativa posibles, más allá de la de “partido”, para caracterizar a los distintos actores colectivos del espacio partidario oficialista: “redes disgregadas”, “sello partidario”, “sello electoral” y “espacio político inorgánico”. Estos conceptos constituyen una

posibilidad de dar cuenta de una diversidad novedosa dentro del mundo partidario de ambos casos nacionales en el periodo del recorte temporal de esta investigación (primer mandato de Lula y gobierno de Kirchner). Nos permiten, por un lado, reconocer las transformaciones en el lazo representativo antes enumeradas (fluctuación de las identidades políticas, volatilidad en el comportamiento electoral, pérdida de importancia de las etiquetas partidarias a la hora de configurar el voto, liderazgos que prescinden de los partidos para la conformación de un lazo con la ciudadanía, entre otros cambios) y su impacto sobre los partidos. Y, por otro lado, esas nominaciones serán utilizadas para hacer referencia a actores colectivos cuyas definiciones de pertenencia al oficialismo se estudian aquí, especialmente para contrastar la situación del PT y del PJ en los periodos analizados, y también, la del espacio transversal y los sellos partidarios de la base oficialista de Lula.

Esa diversidad incluía en los dos países la existencia de espacios de dirigentes y sus respectivas redes que se consideraban afines mutuamente pero que no confluían en un formato organizativo en tanto actor oficialista (transversales en Argentina) —y a los que he denominado “espacio político inorgánico”—; la proliferación de sellos que solo funcionaban durante las elecciones (siendo incluso prestados a distintos candidatos en cada contienda) y que no eran el reflejo de una vida militante o de una inserción en el territorio (como el Partido de la Victoria, también en Argentina) —“sellos electorales”— y la existencia de supuestas organizaciones partidarias que exhibían una continuidad en su nombre formal —sellos partidarios— pero no una disciplina interna de sus distintas autoridades regionales (directorios estaduais, en el caso de Brasil) que les permitiera funcionar efectivamente como un partido nacional (*Partido do Movimento Democrático Brasileiro* —PMDB—, *Partido Liberal* —PL—, entre otros). En tanto, el PT se perfilaba como la única organización que funcionaba, aun con transformaciones y con una desaparición de ciertas prácticas militantes de base y en territorio, como un *partido* nacional⁵. Y en el caso del PJ, sus avatares durante el gobierno de Kirchner (parálisis de su funcionamiento

⁵ El *Partido Comunista do Brasil* (PCdoB) también lo era, pero sus dimensiones y gravitación en el escenario político-electoral eran mucho menores que las del PT.

nacional e incluso provincial, intervención judicial, acefalía nacional y proliferación de redes opositoras al gobierno que reivindicaban su pertenencia al partido, entre otras circunstancias) impedían considerarlo en esos términos, ante lo cual el concepto de “redes disgregadas” aparece como más ilustrativo de la situación que atravesó al PJ entre 2003 y 2007.

Estas formas alternativas de nominación de lo que comúnmente es caratulado en forma indistinta como “partidos” emergieron como producto del trabajo de campo y del análisis de los testimonios, aunque no fuesen conceptos *in vivo*. Se trata de conceptos creados con el propósito de captar contrastes entre esos distintos actores colectivos y no continuar forzando sobre los mismos la denominación de “partidos”.

Las interpretaciones de los entrevistados sobre el contexto: la cuestión de los “sentimientos partidarios” en Argentina y Brasil

En este apartado analizaré las interpretaciones de los entrevistados, especialmente los del PT y del PJ, sobre el escenario político electoral de los gobiernos de Lula y Kirchner, en términos de la fluctuación política y del peso que, según ellos, tenían en los votantes lo que Veiga (2007) denomina la “identidad partidaria”, y que Paiva, Braga y Pimentel Jr. (2007) llamaron “sentimientos partidarios”.

A través de distintos trabajos especializados, he descripto ya ambos escenarios políticos (2002-2006 en Brasil y 2003-2007 en Argentina) como marcados por la volatilidad electoral, la fluctuación de las identidades políticas, la personalización de la política electoral, y la escasa capacidad de los partidos para configurar identidades asociadas a sí mismos y duraderas en el electorado.

Examinemos entonces, a continuación, y en cada caso nacional, el modo en que los entrevistados interpretaban sus propios contextos en términos de los lazos entre los partidos y el electorado, y sus lecturas sobre la supuesta excepcionalidad del PT y del PJ y la gravitación de esa identidad partidaria en particular en la sociedad.

Brasil

Entre los entrevistados petistas, junto con la afirmación de que en Brasil no se votaban partidos (sellos) sino personas, de que los partidos

no lograban concitar y sostener adhesiones propias como organizaciones a lo largo del tiempo, aparecía esa idea antes mencionada de que el PT era una suerte de excepción.

Por un lado, el consenso era evidente en el diagnóstico sobre la situación general de las identidades políticas y los partidos en Brasil, resaltando, todos —petistas y no petistas—, el carácter altamente personalizado de la política y el débil lazo que los partidos forjaban con el electorado:

Pedro: Desgraciadamente el gran problema en Brasil es la inexistencia de partidos políticos. Eso termina generando que si primero el legislador precisa del partido para elegirse, después lo abandona y se mueve a partir de sus intereses individuales [...]. Antes y durante la elección, el partido importa [para el legislador]. Después de la elección, el partido no existe.

(Entrevista N° 9 en Brasil, Pedro, concejal del PT en San Pablo —PT-SP—.)

Renato: [el brasileiro] es un sistema electoral muy individualizado, centrado en la persona. No centrado en propuestas ni en un partido.

(Entrevista N° 10 en Brasil. Renato, ex militante del PT y militante del *Partido Socialismo e Liberdade* —PSOL— en San Pablo al momento de la entrevista.)

Baltasar [en referencia a las elecciones municipales]: Como no hay voto en lista en Brasil, hay voto nominal, en la elección municipal la personalización del voto alcanza niveles absurdos. Porque todo el mundo conoce a alguien, o tiene un pariente que quiere entrar como concejal [vereador]. Es un horror.

(Entrevista N° 21 en Brasil. Baltasar, dirigente del PT de Río de Janeiro —PT-RJ—.)

Reinaldo: Hoy veo que el electorado vota a la persona, a la persona que conoce, a la persona con la que se identifica. Son pocos los que votan a un partido. [...] Lula fue bueno, entonces las personas lo votaron de nuevo [en 2006], incluso con todos esos escándalos que ocurrieron en el PT. Eso fue la prueba de que el electorado no vota más en el partido, porque sino el pueblo no habría votado por Lula. Si Lula hubiese vinculado su propia candidatura al PT, no tengo dudas de que habría perdido la elección.

(Entrevista N° 25 en Brasil. Reinaldo, legislador del *Partido Socialista Brasileiro* —PSB— en Río de Janeiro.)

Felipe: Salvo por el PT, los otros partidos creo que son solo... líderes. Nosotros, por ejemplo, si hacés una encuesta, vas a ver un 2% allá; en Bahía, que somos muy fuertes, tal vez 5%. [...] Jandira Feghali aquí en Río, es mucho mayor desde el punto de vista de la imagen. Ella es una militante del partido, no trabaja contra el partido. Pero es mucho mayor que el PCdoB [...], ella no negó, ni escondió la sigla del partido. Es miembro de la dirección, expone bastante la sigla. Pero [los votantes] no saben lo que es el PCdoB, hasta quizás piensan que es el PT, que es “un partido que está siempre con Lula”. No saben lo que es el PCdoB.

(Entrevista N° 32 en Brasil. Felipe, dirigente del PCdoB en Río de Janeiro.)

Para Felipe, del PCdoB, por otro lado, el PT era un poco la excepción a ese fenómeno, aunque también aclaraba que el PT había perdido parcialmente esa cualidad. Varios petistas, asimismo, insistían, en las entrevistas, en caracterizar al PT a partir de esa excepcional capacidad —excepcional por el contexto brasileiro— de generar un voto genuinamente partidario, de eludir la mera personalización que marcaba al resto de las fuerzas políticas. Sostenían que el voto a Lula estaba asociado con la identidad petista y que el PT lograba una fuerte identificación partidaria. Más allá de la discusión sobre si esa lectura de excepcionalidad estaba en lo cierto o debía ser relativizada, ya era un dato significativo el hecho de que esos entrevistados petistas lo vieran así. Veamos un ejemplo:

Ingrid: Brasil no tiene mucho esa cultura partidaria, y los sellos [*legendas*, en portugués] se mueven solo en las campañas, entonces no hay militancia, no hay discusión en las ciudades⁶. No hay una cultura partidaria,

⁶ Tanto en el caso argentino como en Brasil, se advertían relatos sobre el uso de los sellos por parte de distintos actores, es decir el “alquiler” o “préstamo” de los sellos que tenían personería formal a otros actores para una elección. Javier describía, por ejemplo, el préstamo del sello Frente Grande a un candidato local que no pertenecía al partido, mientras que otro que sí provenía del mismo había ido con otro sello. Y Einar, del PSOL, decía: “En Brasil hay mucha tradición de siglas de alquiler. Partidos pequeños, sello libre, tanto es así que muchas veces la derecha va y ocupa una sigla, usa un partido.” (Entrevista N° 3, Einar, ex militante petista y dirigente local del PSOL). Esas

sea por el pueblo o por los políticos, porque es común que los políticos pasen por tres o cuatro partidos en su vida partidaria [...]. El PT tiene una historia más partidaria, incluso aunque existan políticos del PT que cambien de partido u otros que vengan para el PT, es menor que en otros partidos. El PT afirma mucho su sello, el “13” [código del PT en el voto electrónico] es muy bien votado.

(Entrevista N° 28. Ingrid, legisladora del PT en Río de Janeiro.)

Otras interpretaciones de entrevistados petistas, en cambio, matizaban esa seguridad respecto de la propia excepcionalidad, afirmando que el PT había ido transformándose hasta parecerse un poco más a las demás fuerzas, como vimos antes afirmar a Felipe, del PCdoB, o bien advirtiendo una marcada diferencia entre la adhesión a Lula y la adhesión al PT. Veamos ambos argumentos ejemplificados en Baltasar, dirigente petista de Río de Janeiro, y Vítor, de San Pablo:

Baltasar: Como la campaña proporcional [en elecciones legislativas] es nominal, no se compite con una plataforma contra los otros partidos. Competís con tu nombre o tu candidato, contra todo el mundo, incluidos tus compañeros de partido. Eso crea distorsiones enormes [...], esas distorsiones del sistema político-electoral son cada vez más incorporadas por el partido [PT].

(Entrevista N° 24. Segunda realizada a Baltasar, dirigente del PT en Río de Janeiro.)

Vítor: Estando en el gobierno, no se consiguió una dinámica de construcción [del partido], de organización... lo que hizo que a lo largo de estos seis años el lulismo haya crecido en la población y el petismo haya crecido mucho menos.

(Entrevista N° 15 en Brasil. Vítor, dirigente del PT-SP.)

En relación con esas lecturas respecto de un PT cada vez más parecido a los demás partidos, Kinzo sostiene, aun pensándolo como excepción al contexto brasileiro, que “el PT perdía con los años apelación [*apelo*]

situaciones eran ilustrativas del contexto más general de débil identificación partidaria: ese préstamo era posible porque esos sellos, esos nombres de “partidos” no convocaban por sí mismos, el voto. Habían perdido valor político o peso electoral.

afectiva” (Kinzo, 2005: 400). Y Ribeiro (2008) resalta, como ya ha sido mencionado, la amplia diferencia entre los votos a candidatos legislativos y estaduales del PT (y de la propia coalición electoral de 2002) y los votos a Lula para presidente.

Argentina

En Argentina, para los entrevistados del PJ de La Matanza, la identidad peronista seguía siendo operante en el electorado de ese distrito. Pero a la hora de esbozar una lectura sobre la sociedad argentina en términos generales, aparecía la noción de que las cosas habían cambiado en términos del voto. Es decir, por un lado, sostenían insistentemente que La Matanza era netamente peronista, y que esa identidad era imbatible y duradera en las localidades del distrito más pobres y más alejadas de la Ciudad de Buenos Aires (lo que es denominado segundo y tercer cordón del municipio). Pero, por otro, reconocían que a nivel nacional las identidades partidarias estables ya no eran la característica definitoria del escenario político-electoral. Veamos, primero, qué decían sobre la identidad peronista en La Matanza:

Roberto: [En La Matanza] hay un trabajo territorial, la gente está identificada bien en el peronismo. [...] A veces no se comprende que el peronismo, más allá de que estuvo Federico Russo o Alberto Pierri, o Balestrini, la gente sigue acompañando al peronismo.

(Entrevista N° 1 en Argentina. Roberto, legislador del PJ de La Matanza.)

Dolores: En el 2005 ustedes reivindicaban muy fuertemente la identidad peronista, acá en Matanza, en la campaña, algo que no parecía muy característico por ejemplo de la campaña a nivel provincial. Y a mí me daba la impresión de que tenía que ver con que el adversario era el duhaldismo, que también era peronista. Ahora [2007] parecería haber ciertas cosas muy parecidas en ese sentido de reivindicar el peronismo. Hay varios carteles, bueno, lo de Balestrini diciendo que es el “Frente Peronista para la Victoria”. ¿Por qué la necesidad de enfatizar el carácter peronista?

Javier: Porque es así el militante y el votante peronista. En La Matanza es así. Que yo puedo estar de acuerdo o en desacuerdo. Pero

tengo que hablar el mismo idioma. Yo no sé si estará medido de alguna forma el piso del votante peronista. Ese que vota la boleta donde están la cara de Perón y Evita. No sé si estará medido. Pero acá es muy alto.

(Entrevista N° 15 en Argentina. Javier, militante del PJ de La Matanza.)

Dolores: En el rastrillaje [en las elecciones legislativas de 2005], entonces ¿cómo presentaban esa opción? ¿Presentaban la otra lista como no peronista?

Maxi: No, nosotros nos identificábamos como peronistas. Tanto en el 2005 como en el 2007, sacamos, aparte de la lista que iba en el cuarto oscuro, un afiche con la foto de la boleta en grande, que decía “ésta es la boleta del peronismo”. En el 2005 se hizo todo el material de mano, acá se dividió en dos todo lo que es primer cordón, de lo que es segundo y tercero. La propaganda era más o menos la misma: las obras que se hicieron, etc. En el primer cordón se hablaba más de Kirchner, Cristina, de renovación, de la situación económica. En el segundo y tercero, ahí sí, escudo, foto, y peronismo. En esta elección se hizo lo mismo. Se identificó más al peronismo en el segundo y tercer cordón que en Ramos, Lomas del Mirador, Madero [primer cordón].

(Entrevista N° 21 en Argentina. Maxi, militante del PJ en La Matanza.)

Martín (Entrevista N° 17 en Argentina) y Gonzalo (Entrevista N° 18 en Argentina), dos dirigentes de agrupaciones del PJ de La Matanza, también decían, al hablar sobre las distintas elecciones en la historia, que La Matanza era un lugar netamente peronista, que allí el peronismo era aún muy fuerte como identidad política.

Aunque la idea de estos entrevistados respecto de la vigencia de la identidad peronista en La Matanza estaba presente en forma abrumadora en las entrevistas, estos mismos actores consideraban, a la vez, al caso de La Matanza justamente como un escenario particular en un contexto nacional de cada vez mayor incertidumbre y volatilidad electoral. Así lo ilustraban Javier y Maxi:

Javier: La etapa de los partidos de masa hoy no prende, no va más. Eso creo que ha llegado a la cabeza de los dirigentes. Entonces por eso se está abandonando un poco, con todo lo que significa para mí el escudo de PJ...

Dolores: Igual ustedes en los carteles lo siguen poniendo. Los carteles de Espinoza [candidato a intendente en 2007] dicen “PJ, Frente para La Victoria”.

Javier: Pero eso tiene que ver con el voto cautivo. Es necesario tenerlo, porque hay un porcentaje que van a votarlo, que van a votar ese escudo. Por supuesto, la imagen de Perón y de Evita, para nosotros significa mucho, para el público en general, ya no.

(Entrevista N° 15 en Argentina. Javier, militante del PJ de La Matanza.)

Maxi: A mi entender, la sociedad no se está jugando mucho con un partido. La gente vota según cómo está ahora. Hay más pragmatismo, al no estar tan identificado el ciudadano con un partido político. [...] Mucha gente se dejó de identificar con el peronismo.

(Entrevista N° 21 en Argentina. Maxi, militante del PJ La Matanza.)

El propio “conductor” político del distrito, Alberto Balestrini, tenía una lectura en la cual el PJ nacional también había sido afectado por las transformaciones en el formato de representación, y, por lo tanto, era desde un supuesto bastión de permanencia de la identidad peronista, La Matanza, que se debía promover una reactivación y reorganización del peronismo como identidad partidaria a nivel nacional. Así lo expresaba a la prensa local:

En esta elección tendremos que redoblar esfuerzos porque debemos tener un triunfo no solo en nuestro distrito, sino en toda la provincia, porque *es la última reserva que le queda al peronismo en nuestro país*. [...] Hoy el partido no existe como tal, es una conjunción de partidos provinciales, en muchos casos conducidos de forma feudal. Tenemos que reinventar una segunda renovación del peronismo.

(Declaraciones del ex intendente Balestrini al periódico local *UNO*, 9/4/2007. Énfasis propio.)

Salvador, otro entrevistado del PJ, que desarrollaba su actividad política en un distrito del conurbano bonaerense con menos trayectoria de gobiernos peronistas y en el que el voto al PJ era más bien bajo, mostraba cierto hartazgo con una coyuntura que podemos caracterizar como de

intensa fluctuación política, incluso entre la propia dirigencia. Un escenario en el que cada nuevo proceso electoral inauguraba incertidumbre y realineamientos diferentes:

Salvador: Ahí entraría en la discusión la otra parte que yo digo que es la discusión formal. Si realmente los límites en el sistema electoral existen o no. Soy un día vecinalista, un día PJ, un día UCR, juego a la interna tuya, mañana a la del otro. [...] A ver, creo que nos quedamos sin reglas. En algún momento, la política tenía valoraciones. La Argentina tenía un alto nivel de movilización política y de participación. [...] Pasamos de una lealtad absolutamente inflexible, que era la lealtad que significaba la muerte, a una lealtad moral o ética o partidaria, pónganle el título que quieran, a una lealtad financiada, en un momento y en una estructura en la que si no tenías recursos no podías participar de la interna [...], hasta un escenario donde la lealtad es la excepción, como es hoy. [...] O sea, a ver, ¿cuál es el mérito de ser leal si uno no sabe en realidad cómo va a ser el proceso de selección de candidaturas dentro de seis meses? Nadie te garantiza nada. [...] Hay una flexibilidad de la norma que implica que, si vos no vas con el sello oficial, podés ir con otro sello que quizás tiene menos costos que jugar por adentro del partido. [...] La campaña se transforma en un cara a cara. Cara a cara en un escenario con la sociedad alejada de los partidos políticos. [...] El partido hoy no tiene un valor político a la hora de decidir candidaturas a cargos electivos.

(Entrevista N° 32 en Argentina. Salvador, dirigente del PJ en la zona norte del conurbano bonaerense.)

Vemos, en consecuencia, tanto entre los entrevistados del PJ como entre los del PT, una tensión implícita entre su visión del propio partido como excepción a la fluctuación y volatilidad que afectaba al resto de las identidades partidarias y políticas, y un reconocimiento de que efectivamente las transformaciones que habían experimentado sus respectivos partidos y/o el contexto político-electoral nacional en el que éstos actuaban habían configurado una realidad a la cual esos partidos tampoco eran inmunes.

He analizado en este apartado la cuestión de la identificación partidaria en ambos escenarios nacionales desde el modo en que los entrevistados

los interpretaban, especialmente los militantes y dirigentes del PT y del PJ, fuerzas de las que provenían Kirchner y Lula. Examinaré a continuación lo que ocurrió con la identidad petista y la identidad peronista en los gobiernos de Lula y Kirchner.

Peronismo y petismo en el oficialismo kirchnerista y lulista. Las lecturas sobre la despetización y la desperonización de ambos gobiernos

Ahora bien, si las identidades en general habían sufrido mutaciones y se perfilaban, en estos dos contextos, parciales, contingentes y fluctuantes ¿qué ocurría con la identidad petista y peronista durante los gobiernos de Kirchner y Lula? Sabemos que ambos partidos habían sufrido transformaciones sustantivas en su identidad en momentos históricos (años noventa) en los que las identidades sociales en términos generales pasaban por procesos de transformación y dislocación, y en los que los vínculos identitarios aparecían fragilizados y fluctuantes. ¿Qué ocurriría con esas identidades al interior del oficialismo kirchnerista y lulista a partir de 2003 y 2002, respectivamente?

Mientras que el apartado anterior analizó el modo en que los entrevistados del PT y del PJ interpretaban sus propios contextos nacionales de identidades políticas fluctuantes, este apartado se preguntará qué aconteció con la identidad petista y peronista en los gobiernos de Kirchner (2003-2007) y Lula (primer mandato: desde su elección en 2002 hasta el final en 2006). Se observará primero, en forma comparada, las características de ambas identidades en esos periodos y los modos en que era concebida por los distintos actores del espacio partidario oficialista; y se abordarán luego las lecturas, insinuadas en ambos países por distintos actores, de una desperonización y despetización de estos gobiernos.

Identidad peronista e identidad petista en los actores del oficialismo

El objetivo de este apartado es reflexionar sobre lo que aconteció con la presencia de las identidades peronista y petista durante el gobierno de Kirchner y el primer mandato de Lula, respectivamente.

Para el caso argentino, la transversalidad como espacio político inorgánico durante el kirchnerismo es un buen punto de partida para ese análisis.

Al interior de ese espacio kirchnerista no perteneciente institucionalmente al Partido Justicialista (y autodefinido como externo y diferente al mismo), la vinculación con la identidad peronista era, sin embargo, intensa. Aunque explícitamente dissociada del vínculo con el PJ como organización partidaria, la identidad peronista aparecía manifestada como propia por muchos entrevistados kirchneristas —la mayoría—, que la reivindicaban de distintas formas: a través de la invocación del primer gobierno de Juan Domingo Perón (1946-1952) en casi todos los casos; y en algunos de los entrevistados que se autodefinían como parte de lo que había sido, según ellos mismos, “la izquierda peronista”, el recuerdo del breve gobierno de Héctor Cámpora (1973). Incluso se veía en algunos casos una caracterización del peronismo como el fenómeno de mayor apoyo popular de la historia argentina, con una implícita noción de la inevitabilidad de adherir ellos mismos, por lo tanto, a esa identidad política⁷.

Lo cierto es que la identidad peronista aparecía en los entrevistados como algo irreductible al PJ como organización, como mucho más amplia y trascendente a la estructura partidaria, a pesar de la inexistencia de otro partido político en la actualidad que le disputara esa identidad al PJ con éxito, y de que algunos de los entrevistados, incluso, hubieran militado más o menos formalmente en las agrupaciones del PJ hasta los años ochenta o noventa (incluso el propio Frente Grande surgía, en 1993, a partir de la ruptura de un grupo de diputados del PJ con su bloque).

Veamos algunos ejemplos de esa noción sobre la identidad peronista, de considerarla propia aun no estando dentro del PJ y no pretendiendo tampoco estarlo en un futuro. Ser peronista, pero no en términos de una pertenencia partidaria:

⁷ Algo similar había ocurrido desde fines de la década de 1960 e inicios de la siguiente, con jóvenes que no provenían del peronismo y se insertaron en organizaciones peronistas bajo ese razonamiento de que el movimiento obrero y los sectores populares eran peronistas. Ver, para un relato novelado de esos procesos, Anguita y Caparrós (1996).

Román: Yo, más que ser un militante del PJ, soy un peronista, que es algo que nosotros consideramos más amplio que el concepto de la pertenencia a un partido. Sino, la idea del movimiento nacional y popular, la idea de las expresiones históricas. [...] Después de haber visto el vacío de contenidos ideológicos y programáticos que significó el Partido Justicialista en la década del noventa...

(Entrevista N° 36 en Argentina. Román, legislador kirchnerista de la Provincia de Buenos Aires.)

Román reivindicaba en otros extractos de la entrevista lo que consideraba una recuperación por parte de Kirchner, desde 2003, de las “mejores banderas del peronismo”, “identidad muy sentida por todos nosotros”. Jaime, del Frente Grande (Entrevista N° 37 en Argentina), también expresaba esa identidad peronista pero no asociada al PJ sino en confrontación con lo que éste había encarnado en las últimas décadas, pues sostenía que muchos transversales venían “del tronco peronista”. Y Alicia, legisladora kirchnerista del Frente Grande (Entrevista N° 41 en Argentina), también expresaba su identidad peronista presentándola como una identidad no partidaria: “Yo no militaba en ningún partido pero me decía peronista. Pero no estaba en la estructura del PJ. Así estuve toda la vida. No en la estructura del PJ”.

Gran parte de la transversalidad se reclamaba peronista, aunque con un rechazo más o menos agudo —según el caso— a la reputación del Partido Justicialista, a las prácticas de construcción política que se le atribuían y a su pasado neoliberal en la década de 1990. De ahí la preocupación en algunos de ellos en torno a que “el kirchnerismo se pejotizara”. Y es que el mismo Kirchner había descalificado indirectamente al PJ, o al menos a parte de él, al introducir el concepto, durante los primeros años de su gobierno, de “pejotismo”:

Cuando me preguntaban [en 2003] si iba a ir por adentro o por fuera del PJ, les decía que solo hubiera ido a la interna si el justicialismo se ponía de acuerdo en un programa de gobierno común, que luego defendiera el ganador. ¡Pero Menem tiene una visión totalmente opuesta a la que tenemos nosotros! Lo que quiso hacer fue poner al “pejotismo” burocrático al servicio de los sectores neoliberales. Éste es un término de mi

autoría. ¿Sabe a qué llamo “pejotismo”? Para mí define la deformación a la que llevó Menem al Partido Justicialista. Un aparato de poder vaciado de contenido, sin ideas.

(Kirchner, entrevistado por Di Tella, en: Kirchner y Di Tella, 2003: 131.)

La prevalencia de la identidad peronista en los transversales podría, en principio, ser interpretada como una manifestación más de la noción histórica del peronismo como un movimiento más que como un partido. Pero la identidad peronista de los transversales se planteaba no solo como irreductible y más amplia al partido, sino incluso como externa a la dicotomía peronismo-no peronismo. Es decir, la transversalidad portaba una pretensión de instituir eventualmente un nuevo clivaje que reorganizara políticamente a la sociedad argentina (siguiendo las apelaciones políticas de Kirchner en esa misma dirección). Por eso no se consideraban “el peronismo transversal” o, incluso, como había ocurrido en el pasado con facciones peronistas rivales, “el verdadero peronismo”, sino el kirchnerismo transversal, inclusivo de dirigentes provenientes del ARI y del Partido Socialista, entre otras fuerzas, y no públicamente definido como otro peronismo. Aunque muchos de los transversales, digámoslo nuevamente, se consideraban peronistas.

La identidad peronista de la transversalidad se perfilaba, entonces, como una identidad peronista muy diferente a la que habían construido los entrevistados que sí se reconocían como militantes del Partido Justicialista, una de cuyas aspiraciones era, durante el gobierno de Kirchner, que el justicialismo recuperara el lugar que le correspondía legítimamente —según la visión de estos militantes— al interior del conjunto oficialista: un reconocimiento a su peso como estructura territorial y a su capacidad militante durante los procesos electorales.

Aparecían entonces, entre los entrevistados argentinos del espacio partidario, diferentes acepciones de la categoría “peronista”. Por un lado, el peronismo como identidad política pero no partidaria. Como un sentimiento producto de una determinada lectura del legado de los gobiernos de Perón, un sentimiento que, habiendo recorrido desde la muerte del líder un camino separado del que fue recorriendo el Partido

Justicialista como organización, habría sido recuperado por Kirchner, según esos transversales, en términos de la política que llevó adelante el gobierno (aunque no en términos de su liturgia proselitista). Y por otro lado, el peronismo como movimiento organizado en el marco de la estructura denominada PJ, devenida en redes territoriales y estatales. Ese peronismo que contenía dirigentes y militantes que reivindicaban a ese conglomerado como la mayor fuerza política del país, la única garante de gobernabilidad, la que tenía más vocación práctica de poder, y la que, sentían, habría quedado algo relegada en los primeros años del gobierno kirchnerista.

Con el petismo ocurría algo diferente. La identidad petista era indisoluble del PT. A pesar de existir críticas a las transformaciones sufridas por el PT como organización desde los años noventa, no existía una identidad petista que se reivindicara en forma sostenida por fuera del partido. La excepción eran los militantes y dirigentes que luego fueron al PSOL, y que rescataban gran parte de la historia del PT, al que pertenecieron hasta el 2003 o 2005 según el caso, pero que no seguían reivindicándose luego como petistas contra la estructura partidaria del PT, sino “de izquierda”, subyaciendo así la conclusión, en estos entrevistados, de que el PT (junto con el gobierno de Lula) se había posicionado “del otro lado”, abandonando sus banderas históricas.

Para los entrevistados petistas, entonces, la cuestión de la identidad petista aparecía siempre vinculada al aspecto partidario y también al programático, y, en consecuencia, se configuraba una tensión siempre latente: si la identidad petista era asociada siempre con un programa político, ¿cuánto podía transformarse y cambiar el PT sin “descharacterizarse”? Este término, “descharacterización”, aparecía todo el tiempo en las entrevistas y aludía a una pérdida de identidad, a quedar vaciado el partido de la misma, de su perfil. La transformación en el perfil ideológico del PT, especialmente desde los años noventa, ha sido analizada por distintos trabajos (Palermo, 2003; Power, 2008; Guidry, 2003; Freire de Lacerda, 2002; Coggiola, 2003; Ottmann, 2006; Meneguello y Amaral, 2008). Roma (2006) citaba, en su trabajo comparativo sobre el PT y el *Partido da Social Democracia Brasileira* (PSDB), una encuesta realizada entre

afiliados del PT en 1997⁸ que ya mostraba que un 48% de los encuestados temían, como impacto del ejercicio del gobierno sobre la estructura partidaria (el PT ya tenía gobiernos municipales y alguna experiencia en gobiernos estadales), una “pérdida de la identidad en la estrategia política y actuación del PT” (Roma, 2006: 161). Es decir, el miedo a que el partido perdiera su identidad o se “descaracterizara”—en términos de los entrevistados— con la llegada al poder ya estaba presente años antes de que Lula obtuviera la presidencia.

Para el propio Lula no se trataba de una descaracterización sino de una maduración. En el documental *Presidentes de Latinoamérica* (2009), el mandatario no negaba las transformaciones acontecidas en la identidad del PT, pero consideraba que las mismas habían preparado al partido (y a él mismo) para gobernar. De ese modo, Lula invertía el razonamiento de algunos entrevistados petistas, que se preguntaban cómo habría sido un gobierno del PT si hubiesen ganado en 1989, proceso electoral previo a esos cambios dentro del partido:

Perdí las elecciones [en 1989]. Pero pienso que ahí estuvo el dedo de Dios. Que nosotros no teníamos que ganar esas elecciones. Porque nosotros éramos muy radicales. Si yo hubiera ganado esas elecciones, con el discurso que tenía, no sé si hubiera gobernado seis o siete meses. No era solo yo. Mi grupo y mi partido. Teníamos un discurso muy duro. En doce años se aprende mucho. Ganamos intendencias, estados, y todos fueron madurando. Entonces cuando yo gané ya estábamos preparados para gobernar.

(Lula, entrevistado por Daniel Filmus, en *Presidentes de Latinoamérica*, 2009.)

Para los entrevistados argentinos identificados como PJ, esa tensión entre el cambio y el miedo a una “descaracterización” parecía no existir o no tener pertinencia. Porque la identidad peronista no se presentaba primordialmente definida por estos entrevistados en términos programá-

⁸ La encuesta fue realizada por el propio PT bajo la coordinación de la Fundación *Perseu Abramo*. La muestra reunía una representación proporcional de los delegados partidarios de todos los estados. Los datos fueron cedidos a Roma, el autor, por el directorio municipal del PT de San Pablo.

ticos sino más bien como legado histórico, y hasta como una identidad de ribetes sociales y culturales predominando por sobre los programáticos. Aparecía así, en algunos entrevistados del PJ, una idea del peronismo como una suma de valores sociales (justicia social y solidaridad con los pobres, entre otros) más que de ideas políticas, de modo que algunos incluso concebían como posible “ser peronista” sin estar explícitamente a favor de la figura de J. D. Perón. Álvaro, por ejemplo, decía:

Álvaro: El peronismo es la base política más importante que tiene la Argentina. Porque aunque muchos que dicen que no son peronistas, lo son. [...] Yo tenía a mi mamá que era radical. Y le decía “vos sos más peronista que yo”, porque cuando una persona es solidaria, cree en la justicia social, defiende los intereses del pueblo, es porque tiene una comunión de ideales con el peronismo.

(Entrevista N° 14 en Argentina. Álvaro, legislador del PJ proveniente de La Matanza⁹.)

Incluso algunos de los entrevistados del PJ insistían en que había sido un error —y hasta una manipulación intencional— intentar caracterizar la tradición peronista según el espectro izquierda-derecha¹⁰. Ocurría, de ese modo, con muchos de los entrevistados identificados como PJ algo que Pousadela (2007) ya había advertido en su propio trabajo de entrevistas a ciudadanos y dirigentes políticos centrado en las nociones sobre la

⁹ Esa reflexión parece retrotraernos a la célebre frase de J. D. Perón del peronismo como una identidad de todos los argentinos cuando Eloy Martínez lo consultaba sobre la composición política del país y el dirigente había dicho:

Perón: Hay un diez por ciento de socialistas, un 30 por ciento de radicales, un cinco por ciento de comunistas.

Eloy Martínez: ¿Y peronistas, cuántos?

Perón: Peronistas somos todos.

¹⁰ Esos entrevistados reeditaban así una disputa histórica al interior del peronismo entre sectores que habían abogado, desde inicios de la década de 1970, por “La Patria Socialista” y quienes desde la consigna “La Patria Peronista” habían identificado a aquellos como infiltrados dentro del movimiento. Ver, para esta disputa, Bonasso (1997), Anguita y Caparrós (1996), Verbitsky (1995). Maxi, militante del PJ de La Matanza, afirmaba en este sentido que el peronismo de su distrito era “independiente” y que “El peronismo no es de izquierda. Lo dijo Perón. Lo que cantaban los montoneros no existe” (Entrevista N° 21 en Argentina. Maxi, militante del PJ en La Matanza).

representación política: varios justicialistas se sustraían a la clasificación derecha-izquierda al autodesignarse como peronistas. Es decir, el término “peronista” aparecía en muchos casos, como un rótulo “autoexplicativo” (Pousadela, 2007: 37).

Se perfilaba en esos entrevistados una apelación identitaria planteada en términos de sentimientos que el peronismo movilizaba o había movilizado a nivel personal, y por ello, por ejemplo, el constante uso de citas del líder en el lenguaje coloquial de militantes y dirigentes (“como decía el General...”), la importancia de la liturgia y de las imágenes de Eva y de J. D. Perón, y el énfasis en la ritualidad de las fechas significativas para el Movimiento: Día de la Lealtad (17 de octubre), del Militante (17 de noviembre), aniversario del “renunciamiento” de Evita a la vicepresidencia (22 de agosto) y aniversario de su muerte (26 de julio), entre otras. Esos sentimientos jugaban, en esa identidad así planteada, un rol tan básico y nuclear que cualquier programa o construcción ideológica podía ser prescindible, efímera¹¹ y hasta redundante. Especialmente si, como vimos, el peronismo era visto por varios de sus militantes y dirigentes, siguiendo a Pousadela (2007), como un rótulo autoexplicativo.

En Brasil, ese desprendimiento de la identidad petista respecto de lo programático y respecto de la estructura del partido era impensable. Era inconcebible que pudiera haber personas que se considerasen petistas pero no del PT. Antes de ser apresuradamente corregida por el lector, debería aclarar que, por supuesto, esto último tiene que ver con que en Argentina la existencia de un líder carismático y fundador del movimiento, ya fallecido, permitía la identificación con la tradición que éste generó y encarnó sin que eso necesariamente implicase pertenecer a la estructura partidaria del PJ o considerarla como la encarnación de esa identidad. En Brasil, en cambio, la expresión “petista” perdía sentido si no refería a la pertenencia al PT, cuya fundación había sido un proceso colectivo y marcado por la diversidad de organizaciones, grupos y sectores que con-

¹¹ Así, Javier caracterizaba la diversidad del peronismo del siguiente modo: “Dentro del movimiento peronista hay como 20 partidos [...] según quién prevalezca en la lucha interna va a ser el proyecto que se está viendo.” (Entrevista N° 16 en Argentina. Segunda entrevista a Javier, militante del PJ de Matanza.)

fluyeron en su nacimiento. Sin embargo, esa diferencia entre ambos casos ilustraba asimismo dos formas muy diferentes de pensar la identidad por parte de quienes eran militantes o dirigentes de ambos partidos. Estas dos formas se vinculaban con la disciplina partidaria. Tan diferentes eran ambas identidades que en el caso brasilero nadie podía imaginarse que algún sector del partido siguiera reivindicándose petista, no se desafilara y sin embargo presentara, por ejemplo, un candidato opositor a Lula para las elecciones presidenciales de 2006. En Argentina, en cambio, aquello era concebible en el marco de un PJ que no funcionaba en la práctica, entre 2003 y 2007, como un partido con disciplina interna, procesos de selección de candidaturas y reuniones partidarias regulares de sus autoridades.

El peronismo de los entrevistados del PJ (es decir, el peronismo en su acepción como identidad partidaria) y el petismo compartían una característica: precedían a los gobiernos de Lula y Kirchner y a los símbolos identitarios que éstos pudieran movilizar para aglutinar a una base de sustentación propia. Por tanto, militantes y dirigentes petistas y peronistas estaban, en términos de Elliot (2001), inevitablemente ligados emocionalmente a una historia política personal e incluso a historias generacionales previas a ambos gobiernos. En otros términos, estaban marcados por una lectura personal de lo que esas identidades habían implicado para sus propias vidas hasta el momento de inicio de ese gobierno, especialmente tomando en cuenta que se trataba de personas que habían dedicado parte de su vida a la militancia política. Por ello, en muchos casos, esa identidad política se vivía de modo muy emocional y personalizado, como lo ilustraban los relatos de José y Paulino, militantes del PJ de La Matanza, y Teresa, dirigente del PT de Río de Janeiro:

Dolores: ¿Vos cuando eras chico no eras peronista?

José: Yo digo que en la villa hay mayoría peronistas y de Boca. Después... que vos tengas un análisis, no.

Dolores: No, sí, digo de identidad, no de si militaban...

José: De identidad porque tu papá te hace... en el caso de mi vieja, Evita le regaló la primera alpargata en Corrientes y la tiraban del tren.

Entonces, para mi vieja que tenía tan pocos estudios, que le regalen una alpargata fue...! [...] Pero no hacíamos análisis finitos de Eva Perón... sabíamos que era Partido Justicialista. Por eso a veces entiendo cuando dicen “la insignia”. Muchos se pelean por la insignia. No se pelean por la insignia porque son fanáticos de Perón. La insignia trae lo que tengo yo, lo que me contó mi vieja, mi abuela, eso trae.

(Entrevista N° 12 en Argentina. José, funcionario municipal y militante del PJ en La Matanza.)

Paulino: Yo creo que ser peronista tanto hoy como ayer es un sentimiento. Uno lo incorpora, en mi caso, lo siento como si fuera... yo soy de Boca y lo siento y no soy fanático, pero sí soy fanáticamente peronista por lo que fue el peronismo en la Argentina.

(Entrevista N° 20 en Argentina. Paulino, militante del PJ de La Matanza.)

Teresa: Las mujeres petistas [...] abandonaron sus casas, sus maridos, sus hijos, y fueron por fe. Yo ni tuve hijos, porque mi hijo es el PT, mi hijo tiene 29 años, y es el PT. Así es como soy petista, estoy loca, me tendría que tratar [risas].

(Entrevista N° 20 en Brasil. Teresa, dirigente del PT de Río de Janeiro.)

Y esa forma de vivir y experimentar la identidad partidaria influía sobre sus definiciones de pertenencia y de lealtad al oficialismo como conjunto. Así, aquellos entrevistados del PJ que veían relegado el rol de éste dentro del kirchnerismo desarrollaban en las entrevistas una identidad primaria peronista, muy por encima de la identidad “Frente para la Victoria”, vista, en cambio, como circunstancial. Ya se advertía esa disociación en las palabras de Roberto, legislador del PJ en La Matanza (Entrevista N° 1 en Argentina), cuando decía que era peronista y que en la elección de 2005 había “jugado” en el Frente para la Victoria”, o también la reflexión de Maxi, militante del PJ en Argentina (Entrevista N° 21 en Argentina), que sostenía que “más allá de ir como Frente para la Victoria [en 2005], nunca dejamos de ser peronismo”.

Para muchos petistas, por otro lado, aquel carácter emocional de su identidad partidaria y vinculado con su propia historia personal de militancia en el partido, sumado a muchos años de espera para llegar finalmente

al gobierno, incidía también sobre sus definiciones de pertenencia pero de otro modo: pertenecer al oficialismo era no haberse ido del PT aun en los momentos de crisis, tanto en el proceso derivado de las denuncias del *Mensalão* como antes, cuando el gobierno de Lula exhibió, desde el inicio, un rumbo diferente al esperado por muchos petistas.

¿Despetización y desperonización del gobierno?

En términos del destino que correrían la identidad peronista y petista en el marco de los gobiernos de Lula y Kirchner, cabe reflexionar sobre el tema de la despetización y de la desperonización de ambos gobiernos, dos fenómenos proclamados desde la prensa y que eran leídos de diferente modo entre los entrevistados brasileros y argentinos. Ya han sido esbozadas ideas asociadas a esos fenómenos desde la academia: Ribeiro (2008) habla de un distanciamiento simbólico de Lula respecto del PT en el que Lula establecía una vinculación directa con amplios estratos del electorado sin la intermediación de su partido, eliminando la simbología petista de sus campañas, por ejemplo. Altamirano (entrevistado en Natanson, 2004), para el caso argentino, describía a Kirchner como alguien que, aun proviniendo del peronismo, no actuaba como un presidente peronista y que había relegado a la iconografía peronista en su apelación política.

Para los entrevistados del PJ que criticaban la transversalidad como política de alianzas del gobierno de Kirchner —tanto los que en 2005 jugaron con el duhaldismo como los que se quedaron con Kirchner pero que en las entrevistas manifestaban cierto malestar por la transversalidad o, como ellos mismos la denominaban, “el pluralismo”—, era el gobierno el que había tomado distancia respecto del PJ y el que lo había desestimado como eje organizativo del oficialismo.

Para los petistas —e incluso para quienes se fueron en 2003 y 2005 y fueron confluyendo en el PSOL y dejaron, por ende, de concebirse como petistas—, en cambio, no se trataba de que el gobierno se hubiera despetizado sino de que el PT mismo había cambiado, se había transformado, al perder parte de su vitalidad organizativa de base, convertirse en una máquina electoral y desarrollar un viraje en sus posiciones. No aparecía, entonces, en el caso brasiler, esa tensión entre la base militante

identificada como petista y un gobierno supuestamente distanciado del folklore y de la simbología del PT como sí se observaba en las entrevistas del caso argentino, aunque Lula efectivamente hubiera protagonizado ese distanciamiento y se hubiera constituido como un liderazgo sin mediaciones. Incluso el tener que coexistir con otros sellos partidarios (de centro, fisiológicos¹², etc.) en el seno del oficialismo no significaba que el PT hubiese sido abandonado por el gobierno. En Brasil, para los entrevistados, era el PT el que había cambiado —y lo había hecho antes de 2002—, y no el gobierno el que había dejado de lado al PT.

Los entrevistados petistas, entonces, descreían de la idea de un fenómeno de despetización del gobierno de Lula. Como veremos, algunos de ellos identificaban, sin embargo, una suerte de proceso de despetización de Lula previo a la llegada al poder. Veamos primero el rechazo a la lectura sobre una supuesta despetización del gobierno. Aun reconociendo que Lula era más popular que el PT, Gaspar negaba que hubiese habido una separación del presidente respecto del partido. Para él, “el partido se beneficia de Lula en cuanto figura carismática y, de la misma manera, Lula se beneficia de ser respaldado por un partido” (Entrevista N° 17 en Brasil. Gaspar, dirigente del PT de Río de Janeiro), y por eso, la tesis de la despetización era considerada por él una lectura superficial —sino un invento malintencionado— de los medios. Virgílio, por su parte, descreía de esa tesis de despetización o de una pérdida de influencia del PT sobre el gobierno por el simple hecho, decía, de que “el PT nunca influyó al

¹² La fisiología se define, en términos biológicos, como la ciencia que estudia las funciones vitales de los organismos, tanto animales como vegetales (Gran Diccionario Salvat, 1992). En términos políticos, este concepto ha adquirido su propia definición. Bresser Pereira (1989) caracterizaba al político brasileño fisiológico como “un oportunista por definición”, como una persona que transforma a la política en un negocio que implica intercambios, para los cuales usa su propio poder político. Intercambios que responden a sus intereses personales y materiales, colocados por encima de las ideas, principios y valores que podrían, de otra forma, presidir su acción política. Para la gran mayoría de los entrevistados petistas y del PCdoB (y para una parte del PSB), una gran parte de los sellos partidarios que se encontraban en la base oficialista de Lula eran “fisiológicos”: estaban allí porque eso es lo que estos sellos partidarios hacían con cada gobierno (no solo nacional sino también en estados y municipios de distinto color político): negociar su participación en él.

gobierno de Lula, es decir, ¡quien influencia el gobierno de Lula es Lula!” (Entrevista N° 27 en Brasil. Virgílio, militante histórico del PT de Río de Janeiro sin cargos en el partido al momento de la entrevista). En otros términos, no había habido una pérdida del espacio del PT en el gobierno sino una continuidad del dominio del PT por parte de Lula. Y, por último, Baltasar presentaba su crítica a esa idea de despetización para luego afirmar que la política del gobierno de Lula seguía saliendo del PT:

Baltasar: Esa tesis [de la despetización del gobierno] tiene dos puntas. Existe en la política también, no es solo una elaboración académica. En mi opinión tiene dos puntas: una punta de derecha, que intenta justificar los altos índices de aprobación del gobierno con una idea de que es porque el gobierno se disoció del PT [...] que el gobierno es mejor porque se despetizó, porque incorporó la política económica del PSDB, y que el problema del gobierno era el PT. La otra punta está a la izquierda, más o menos lo mismo, que el gobierno es una porquería, porque se distanció del PT.

Dolores: ¿Vos pensás que ninguna de esas...?

Baltasar: [...] El núcleo duro del gobierno, su núcleo central, es el PT. Cuando se hacen programas que el gobierno implementa, tienen origen en la tradición del PT y de los demás partidos de izquierda brasileros. El programa Bolsa Familia, por ejemplo, como estructura central de una idea de inclusión social y distribución de ingreso. [...] Creo que esa tesis es muy reduccionista.

(Entrevista N° 24 en Brasil. Segunda entrevista a Baltasar, dirigente del PT-RJ.)

Así, frente a la pregunta directa sobre la idea de despetización, era muy difícil encontrar petistas que aceptaran esa idea en la descripción del gobierno de Lula¹³, aunque sus explicaciones para rechazarla fueran muy distintas entre sí.

¹³ Una excepción era Ingrid (Entrevista N° 28 en Brasil): para ella efectivamente había habido una pérdida de espacio y de influencia del PT dentro del gobierno, y atribuía ese proceso a un triunfo, al interior del oficialismo, del argumento de la necesaria gobernabilidad, y de cómo ésta sería garantizada por el aumento de la presencia y espacio de los aliados parlamentarios. Es decir, para ella, el argumento de la gobernabilidad terminó contribuyendo a la despetización.

Aunque predominaba el rechazo a la tesis de la despetización del gobierno entre los entrevistados del PT, sí emergió, en algunos de ellos, la idea de que durante el periodo previo a la victoria electoral, Lula había ido desplazando al PT en tanto polo formulador de políticas de un futuro gobierno. Es decir, una suerte de despetización previa a la llegada al poder. En un libro de análisis sobre el primer año de gobierno, Tavares Soares et al. (2004) afirmaban que, en los últimos años antes de 2002, Lula había centrado “su actuación en el Instituto de la Ciudadanía, distanciándose incluso de la vida interna del PT” (Tavares Soares, Sader, Gentili y Benjamin, 2004: 87. Traducción propia). En las entrevistas, distintos petistas como Josué (del PT-SP, Baltasar (del PT-RJ) y Lúcio (que había salido del PT-RJ en 2005) elaboraban un relato similar. Según ellos, Lula había armado, a través de la ONG Instituto de la Ciudadanía, una suerte de estructura paralela desde la cual se tomarían decisiones en torno al programa de gobierno que diferían de lo resuelto formalmente por el partido en diciembre de 2001. Incluso se definirían pasos cruciales de campaña, como la *Carta ao Povo Brasileiro*, que pasarían por las instancias formales de decisión del PT recién más tarde, ya como hechos consumados¹⁴. Estamos, entonces, ante el caso de un partido con reputación de disciplinado a nivel interno, con autoridades locales, estatales y nacionales funcionando (a diferencia del PJ) y en el que, de todos modos, también se veían mecanismos de establecimiento de una relación directa del líder con el electorado, saltando las instancias partidarias que lo respaldaban. Lula presentaba, a través de la *Carta ao Povo*, un manifiesto ante la opinión pública que cambiaba radicalmente la posición de su partido ante la cuestión del FMI y de la deuda sin que esa carta pública hubiese pasado por las instancias formales de decisión del partido, que tuvo luego que disponerse a refrendar algo ya realizado y presentado públicamente.

¹⁴ Según Josué (Entrevista N° 14 en Brasil), el grupo más cercano a Lula había impuesto la *Carta ao Povo Brasileiro* al partido: una semana antes de la reunión del directorio nacional del PT, Lula presentaba la carta como candidato, y luego el argumento de Dirceu —presidente del partido— en el directorio del PT era “ahora Lula ya la presentó”, evidenciando la imposibilidad de cambiarla. Josué dudaba de que hubiera siquiera tenido el consenso de *Articulação*, la tendencia mayoritaria del partido, de la que provenía Lula.

En Argentina, aunque no eran interpretadas en las entrevistas explícitamente como una despetización, las apelaciones de Kirchner a un formato transversal del conjunto oficialista y su insinuación de que el electorado debería reconfigurarse en torno a un polo de centro-izquierda y otro de centro-derecha —desprendiéndose así del histórico clivaje peronismo-antiperonismo— eran recibidas con malestar por parte de las redes del PJ, aunque Kirchner luego no avanzase efectivamente en esa iniciativa.

A partir de una pregunta sobre cómo había sido la escenografía de un acto de Kirchner en La Matanza en los días previos a la entrevista, Javier (Entrevista N° 15 en Argentina) respondía que no había habido “simbología peronista”, y agregaba que ello era producto de “lo que el presidente quiere, por lo general”. Distintos entrevistados introducían esa cuestión de la ausencia de iconografía peronista en los actos del presidente en el territorio, incluso sin que hubiera preguntas del tema, como si fuese ya algo previamente conversado entre los militantes del PJ de La Matanza. La despetización de los actos de Kirchner, la ausencia del folklore y de la escenografía más tradicional peronista como nuevo modo de interpe-lación al electorado (que veía esos actos por la televisión) por parte de un líder que provenía del peronismo no pasaba desapercibida para estos entrevistados. Podemos interpretar lo que ocurría, y lo que decían al respecto, incluso como una disputa latente y silenciosa entre esas redes de militantes —para quienes la imagen de Perón y Eva significaba más que para los propios votantes, según ellos mismos admitían— y el presidente Kirchner y su estrategia transversal. Esa disputa era menos una evidencia de un electorado cautivo de esa simbología que una puja por el lugar que esas redes ocupaban dentro del oficialismo, en la competencia con otros sectores y espacios políticos y sociales.

En 2005, incluso, asistíamos a una reacción directa frente a ese supuesto fenómeno de despetización: los duhaldistas que se enfrentaron a Kirchner en la Provincia de Buenos Aires en esas elecciones legislativas convirtieron la campaña en una suerte de cruzada por el peronismo, al que consideraban amenazado. Y construían discursivamente al adversario de esas elecciones (Frente para la Victoria) como un conjunto ajeno y

amenazante al peronismo¹⁵, cuando en la práctica, muchos de los intendentes del PJ eran parte de ese frente (Rodríguez, 2005).

Desde el kirchnerismo no PJ también había una noción de que el Presidente había procurado mantener al PJ relegado, en una posición desde la cual no pudiera condicionarlo en sus políticas de gobierno. Así lo ilustraba Jaime, del Frente Grande:

Jaime: Kirchner, como él mismo dice, cuando llega, tiene a los tipos del PJ, imponiéndole condiciones, y él haciéndose el tonto, y diciéndoles, no, no, bueno, ya, y qué se yo. Y después haciendo otra cosa, por ejemplo con el tema de derechos humanos. Mientras tenía un reclamo importante de, bueno, terminemos con esto, los juicios, que se vayan terminando y qué se yo, el tipo hace todo lo contrario.

(Entrevista N° 37 en Argentina. Jaime, dirigente del Frente Grande en la Ciudad de Buenos Aires.)

Algunos incluso enfatizaban que el presidente había desarrollado una convocatoria que no tenía al PJ como actor central de la base oficialista, siendo la valoración de ese proceso positiva y en ocasiones portando una sobreestimación de los alcances del mismo, como por ejemplo en la

¹⁵ Los que habían apoyado a Chiche Duhalde en 2005 y luego se habían realineado con Kirchner, manifestaban en 2005 que el presidente estaba intentando destruir al peronismo bonaerense después de haberlo usado en 2003 para su propia elección. Es el caso de Rodolfo, legislador de La Matanza entrevistado en septiembre de 2005, que sostenía:

Hoy [en el Frente para la Victoria] tienen una *mélange* de algunos peronistas equivocados, de algunos dirigentes piqueteros, que no tienen nada que ver con el peronismo, que son de izquierda, y bueno, con las ansias de ganar más poder, han hecho las listas que han hecho, pero en contra del peronismo, porque ni siquiera pudieron... [...] Hubiéramos ido a internas y el que ganaba conduce, y el que pierde acompaña. Si ellos armaron un partido aparte, llámese como se llame... yo digo que el partido se llama "Frente para UNA Victoria", porque esto es una coyuntura. [...] Y yo creo que éstos vienen por la destrucción del peronismo. Es una pelea ideológica.

(Entrevista N° 4 en Argentina. Rodolfo, legislador del PJ en La Matanza opositor al kirchnerismo en las elecciones de 2005 y realineado en 2006 en torno al oficialismo.)

lectura —ilustrada por Román (legislador kirchnerista transversal)— sobre las elecciones de 2005 en la Provincia de Buenos Aires como una disputa entre la transversalidad y el PJ, aun sabiendo que el Frente para la Victoria, sello oficialista en esos comicios en la Provincia de Buenos Aires, incluía a la mayor parte de los intendentes del PJ del conurbano en sus filas.

Durante la campaña de 2007, cuando Néstor Kirchner aún estaba en funciones, el gobierno hizo apelaciones indirectamente en línea con la desperonización y con una concertación de actores diferentes al PJ en boca de su candidata oficial a presidenta, Cristina Fernández de Kirchner:

En aquel 17 de octubre [de 1945], millones de argentinos, radicales, mujeres y hombres que ni siquiera podían decirse peronistas, porque el peronismo no existía... El Partido Justicialista se funda después... Eran socialistas, radicales, conservadores como había sido mi abuelo, del conservadurismo popular en la Provincia de Buenos Aires cuando se hace peronista, porque se identifican con un hombre en la superficie, pero en las esencias se identifican con la patria, con un modelo de país, con un modelo de crecimiento, con el orgullo de sentirse argentinos. Este 17 de octubre tiene similitudes con aquél. Esta concertación que hoy les ofrecemos a todos los argentinos, incorpora a hombres y mujeres de distintas experiencias históricas, con diferentes identidades, pero con un objetivo común [...], hoy el objetivo es el mismo, construir un futuro [...], para que nunca más nos vuelvan a dividir. [...] Seguramente tal vez algunos se acuerdan de las cosas que nos pasaron a los argentinos cuando los partidos nacionales, populares y democráticos se dividieron. Cada vez que nos hicieron creer que un radical o un socialista o un peronista podía ser nuestro enemigo es allí donde hicieron pie las minorías que nunca quisieron a los argentinos; y entonces nos llevaron a un proyecto de hambre, miseria y dolor ¡Hagamos aprendizaje histórico!

(Registros de campo tomados en el acto por el 17 de octubre en plena campaña electoral para las elecciones presidenciales. Discurso de Cristina Fernández de Kirchner. 17/10/2007. Escuela Fábrica de la UOM, La Tablada, La Matanza, Provincia de Buenos Aires.)

Fernández de Kirchner pronunciaba ese discurso en un acto protagonizado por el PJ local, ya de por sí reacio, como vimos, a defender ese tipo de armado transversal o concertacionista con parte del radicalismo,

y, sobre todo, en un día íntimamente vinculado a la identidad peronista, lo cual le daba a aquella operación de la candidata un carácter cercano a lo herético en la visión hipotética de un peronista tradicional. Es decir, en un acto tan cargado de simbolismo como el del 17 de octubre, “Día de la Lealtad”, realizado en 2007 en La Tablada, y con un público movilizadísimo de distintas agrupaciones justicialistas del distrito, la candidata presidencial resignificaba, en su discurso, el 17 de octubre de 1945, fecha fundacional para la identidad peronista en la historia, y lo revestía de un carácter concertacionista. Volvemos entonces a la idea, ya presentada, de una disputa latente entre esas redes peronistas que, aun permaneciendo en el oficialismo, compartían la sensación de que el PJ había sido desplazado dentro del conjunto del lugar que le correspondía, y una apelación presidencial que seguía sin posicionarlas como núcleo central de la base oficialista y sin siquiera reactivar las instancias de funcionamiento formal de un PJ que permanecía acéfalo.

Sin embargo, cabe destacar que en ninguno de los dos casos nacionales se consolidó una identidad alternativa (lulista, en Brasil, y kirchnerista, en Argentina) aglutinadora y operante en todos los actores del oficialismo que pasara a ser una nueva referencia sustituta de las distintas identidades ya existentes.

Identidades al interior del oficialismo y definiciones de pertenencia

En primer lugar, las entrevistas mostraban la ausencia de una identidad compartida por todo el conjunto. La idea de que había ciertos actores dentro del conjunto con los que no había otra coincidencia política que el mismo hecho de ser oficialistas, y que el elemento que funcionaba como aglutinador de toda esa diversidad en estructural tensión era la propia figura presidencial (su nivel de aprobación popular y su poder en tanto jefe de Estado, entre otras cuestiones) aparecía planteada con fuerza en las entrevistas. Las entrevistas a Baltasar, militante del PT; Virgílio, figura histórica del partido, y Raimundo, dirigente del PSB, eran ilustrativas de ese argumento para el caso brasileño:

Dolores: Antes hablábamos de la alianza, de los sectores. ¿Qué te parece que los unificaba a los diferentes sectores?

Baltasar: ¿A toda la coalición o a parte de ella?

Dolores: A la coalición entera.

Baltasar: La aprobación popular del gobierno, la necesidad de esos partidos de tener presencia en el aparato de Estado. No vas a encontrar nada en el programa del PT que justifique la presencia del PP [*Partido Progressista*] en el gobierno de Lula. [...] Cuando busques un programa político, una trayectoria común, no vas a encontrar nada. Nada.

(Entrevista N° 24. Segunda realizada a Baltasar, dirigente del PT en Río de Janeiro.)

Dolores: ¿Había algo que para vos unificaba a todos esos sectores en el apoyo a Lula?

Virgílio: Es solo la popularidad de Lula. No había nada más. Son intereses dispersos, diversos, ¿entendés? El PMDB, por ejemplo, apoya a Lula porque cree que él puede ganar [la próxima elección].

(Entrevista N° 27 en Brasil. Virgílio, militante histórico del PT de Río de Janeiro sin cargos en el partido al momento de la entrevista.)

Raimundo: Lula es la única amalgama que nosotros tenemos [en la base oficialista]. Él es la amalgama entre los partidos. [...] hoy él es una figura popular más fuerte que todos los partidos de izquierda juntos.

(Entrevista N° 29 en Brasil. Raimundo, dirigente del PSB en Río de Janeiro.)

En Argentina, incluso, era la popularidad presidencial la que era resalada como elemento aglutinador de un conjunto carente de una identidad compartida y marcado en cambio por tensiones. Así lo ilustraba Javier:

Javier: A veces me preguntan ¿Por qué se encolumnan, por qué todos se sacan la foto con el presidente? Porque es el que manda. ¿Y por qué es el que manda? Porque es el que tiene los votos. Hoy en día hay algunas encuestas, no sé si vos manejas algunas encuestas, pero la imagen en Matanza del presidente es altísima.

(Entrevista N° 15 en Argentina. Javier, militante del PJ de La Matanza.)

Así lo revelaban también las palabras de José, cuando sostenía que “hoy lo que arrastra todo es Kirchner” (Entrevista N° 12 en Argentina. José, funcionario municipal y militante del PJ de La Matanza). José colocaba la alta popularidad de Kirchner en la opinión pública como mayor factor de tracción de nuevos actores y de cohesión de la base oficialista. Pero, a la vez, esa figura presidencial con altos niveles de aprobación popular y que había desarrollado una convocatoria amplia terminaba promoviendo una competencia intraoficialista a nivel municipal, exhibiendo las grietas de esa cohesión. Esa competencia avalada por un presidente que los dejaba confrontar entre ellos a nivel local, absteniéndose en muchos casos de intervenir en esas tensiones y lidiando con ellos por separado, se daba en ambos casos nacionales¹⁶.

En Argentina, en ese sentido y como ya vimos, los comicios de 2007 exhibieron, en muchos distritos de la Provincia de Buenos Aires, un escenario que podríamos denominar de “pankirchnerismo”. Dos, tres, cuatro y hasta cinco candidatos locales que intentaban presentarse ante el electorado como referentes locales de Kirchner pero que se presentaban como portadores de identidades y proyectos locales antagónicos. Esa indefinición presidencial sobre las características específicas de su proyecto a nivel local era vista de modo crítico por algunos entrevistados. En palabras de Vicente, dirigente local del PJ y de la CGT:

Vicente: Néstor tendría que haber profundizado el proyecto desde el peronismo en la Provincia de Buenos Aires. [...] Me parece que fue un error ir con las colectoras, por ejemplo. Apadrinar candidatos. Bueno, vamos a dar un ejemplo que ahora, ya pobre, no está. Quindimil y Díaz

¹⁶ Por supuesto, la promoción de la competencia intraoficialista a nivel local –no pronunciándose por alguna de las listas, o manifestando su preferencia de modo ambiguo– puede ser considerada, en sí misma, una forma de intervención. En algunos distritos, por otro lado, Kirchner intervenía activamente en las escenas locales fomentando alguna candidatura o sector por sobre otro, tal como ocurrió en las elecciones legislativas de 2003. La propia habilitación de colectoras puede ser pensada como una forma de intervención, permitiendo la presentación de listas con sellos electorales efímeros que competían con los intendentes locales.

Pérez, en la Provincia de Buenos Aires, me parece que fue un error. Tendríamos que haber profundizado, en ese caso, con Díaz Pérez y jugarnos con un solo candidato. Y no la dualidad...

Dolores: ¿Por qué te parece que fue un error?

Vicente: Me parece que no dejó en claro el proyecto político y el modelo que íbamos a seguir políticamente. Porque no es lo mismo Quindimil que Díaz Pérez desde lo político. [...] No era lo mismo Villaverde en la Provincia de Buenos Aires que... Giustozzi. [...] Me parece que fue un error esa dualidad del kirchnerismo en algún momento. [...] Vos no dejás claro bien qué sos. Y me parece que no es lo mismo todo, digamos, ¿no?

(Entrevista N° 42 en Argentina. Vicente, dirigente de un sindicato dentro de la CGT. Miembro del PJ de la Ciudad de Buenos Aires.)

En Brasil, la competencia intraoficialista y el no posicionamiento del Presidente ante la misma se observaba, por ejemplo, en las elecciones estaduais de 2006 en Río de Janeiro, donde Lula dejaría competir al candidato petista, Vladimir Palmeira, y a Marcelo Crivella, del PRB (antes PL, partido del Vicepresidente), presentándose ambos candidatos como la opción lulista a nivel estadual. Así lo recordaba Gaspar, del PT-RJ:

Gaspar: Aquí en Río en 2006, conseguimos colocar nuestro candidato para el gobierno estadual, que era Vladimir Palmeira, solo que ahí el gobierno [...] simpatizó también con la campaña de Crivella.

Dolores: ¿Qué hizo Lula?

Gaspar: Fue así. Vladimir consiguió ser candidato, pero aquí había otras dos candidaturas que eran de la base del gobierno. Principalmente la de Crivella. Y como Crivella tenía una relación cercana... personal con Lula, y era del partido del Vicepresidente, Lula medio que se cruzó de brazos para la campaña, sin posicionarse.

(Entrevista N° 17 en Brasil. Gaspar, dirigente del PT de Río de Janeiro.)

Esa misma dinámica de un presidente que era un potencial árbitro de disputas intraoficialistas pero que, en muchos casos, terminaba rehusándose a tomar posición, se observaba en las elecciones municipales de 2004, como lo ilustra Baltasar, dirigente del PT de Río de Janeiro:

Dolores: En 2004, ¿cómo te acordás que hicieron campaña? ¿Cómo fue la participación de Lula?

Baltasar: Lula se metió muy poco, muy poco. Poca participación. Como sumó una base partidaria muy amplia, cuyo grado de conflicto en los estados y principalmente en los municipios es enorme, para no causar un problema en esa base de sustentación de la gobernabilidad, la participación del gobierno fue muy pequeña, diminuta.

(Entrevista N° 21 en Brasil. Baltasar, dirigente del PT-RJ.)

Asistimos, entonces, a dos oficialismos que se iban articulando y alimentando de nuevos actores a partir de la figura del líder, de su propia popularidad expresada en votos y en encuestas y de su capital político como jefe de Estado. Y así el presidente terminaba siendo el alternativo eje articulador de un conjunto compuesto por actores muy diferentes entre sí, actores que no compartían un núcleo de ideas básicas sobre el tipo de modelo que pretendían. En algunos casos, no solo no las compartían con otros actores del oficialismo sino tampoco con el mismo presidente o con sus apelaciones públicas.

Esa figura del líder como único vínculo es analizada por Touraine (1999) al abordar lo que el autor denomina “la política nacional y popular”. Más allá de coincidir o no con su diagnóstico —la eventual descomposición de esa política como resultado de su propia fragilidad—, su interpretación nos permite pensar la figura del presidente en el oficialismo de Lula y el kirchnerismo. Siguiendo a Touraine (1999), “la política nacional y popular no tiene otro principio de unidad interna que la personalidad de un jefe político demasiado flexible para mantener la integración interna de su partido o gobierno en circunstancias cambiantes” (Touraine, 1999: 352). Es posible, así, pensar a ambos conjuntos oficialistas como conglomerados de actores en mutua tensión y con distintas identidades atomizadas en su seno, en los que la figura del líder actuaba como único principio de unidad interna, sin haber instituido éste una identidad común a todo el conjunto.

Argumentando entonces la ausencia de una identidad compartida por todos los actores y la existencia, en cambio, de distintas identidades en

tensión al interior del oficialismo de Lula y de Kirchner¹⁷, presentaré aquí algunas características de determinados gérmenes de identidades parciales (es decir, compartidas por solo una porción del conjunto), estableciendo un contraste entre ambos casos nacionales en esa cuestión. Luego formularé algunas observaciones sobre los modos en que los entrevistados de distintas fuerzas del espacio partidario definían su pertenencia al oficialismo, exhibiendo significados e implicancias diferentes de esa pertenencia.

En dos oficialismos en los que la identidad peronista y petista no fagocitaban a las demás, nos encontramos con la ausencia de una identidad compartida por todos los actores y, en cambio, con una diversidad de identidades atomizadas y parciales al interior del conjunto. En el caso argentino, asistimos a un conjunto con diversos fragmentos de construcción política (y territorial) transitoriamente alineados en torno a un líder. En Brasil, en cambio, con sellos partidarios más claramente organizados, al menos formalmente.

La pertenencia al oficialismo en tanto conjunto se planteaba, en estos dos casos, de modo diferente a como se asumía en el pasado la identidad partidaria. Todos estos actores construían una referencia a partir del presidente, líder del oficialismo y, a su vez, líder de popularidad entre la ciudadanía. Ese lazo, sin embargo, aparecía como mucho más inestable que la identidad partidaria del pasado, porque no se trataba de una fuerza organizada sino de un conglomerado de actores muy distintos entre sí. Es decir, esa identidad que los distintos actores iban elaborando en torno a su propia pertenencia al oficialismo era más bien una diversidad de identidades parciales y específicas dentro del conjunto oficialista, todas ellas conectadas con la figura presidencial, pero no a través de los mismos símbolos, rituales y mensajes, en palabras de lo que la identidad significa para Sidicaro (1990). No era entonces que el conjunto oficialista reconstituyera una identificación perdida por los partidos, sino que era el propio líder el que aglutinaba, en torno a sí mismo, sectores y actores

¹⁷ Al afirmar la ausencia de una identidad compartida me refiero a dos conjuntos oficialistas en los que el presidente no había instituido una identidad que fuera operante para todos los actores dentro de esos conglomerados.

bien distintos pero surgiendo con ello diferentes identidades parciales que coexistían en tensión o, en algunos casos, se consideraban afines con otras dentro del conjunto (petistas, “bloque-democrático popular”, aquellos que elogiaban la moderación y continuidad de Lula respecto de las políticas de Fernando Henrique, el “progresismo” en Argentina, el “peronismo”, entre otras).

En el caso brasileiro, la construcción de una identidad parcial —es decir, no compartida por todos los actores oficialistas— que se consideraba a sí misma más nuclear dentro del oficialismo estaba asociada a la trayectoria de Lula y del PT mucho más que a la coyuntura del primer gobierno en sus medidas concretas (aliados históricos del PT, como el PCdoB, además de la CUT y el MST —que no han sido analizados en este artículo—, es decir, los que se consideraban a sí mismos el núcleo más leal a Lula). Estaba planteada en términos de la relación histórica entre las organizaciones de pertenencia de los entrevistados. En Argentina, en cambio, aquello con lo que los transversales se identificaban era el Kirchner pos-llegada al poder, aquel que desarrollaba medidas inesperadas y por las cuales se habían sentido convocados. Podemos pensar aquí, entonces, un contraste entre ambas identidades (la “nuclear” en Brasil, y la “transversal” en Argentina) —que seguían siendo parciales, porque no todo el conjunto oficialista podía ser incluido dentro de ellas—: una identidad marcada por una trayectoria común, por “banderas históricas”, defendidas junto con el propio Lula durante décadas; y otra constituida en el curso del propio gobierno de Kirchner, a partir de una lectura sobre su carácter y desempeño. Y aquí es de utilidad la noción de Castells (1997) sobre las identidades colectivas, vistas como construyendo valores e intereses y proyectos alrededor de la experiencia. En el caso de Kirchner, esa identidad parcial se construía, no alrededor de la tradición partidaria que el Presidente representaba (PJ), sino a partir de la experiencia concreta de sus medidas de gobierno y de símbolos de los que Kirchner, recién después de asumir su cargo, se apropiaba y combinaba para sustentar su apelación política: en palabras de Adamovsky (2007), símbolos como el nacionalismo de los años setenta, la lucha por los derechos humanos de los ochenta y la resistencia al neoliberalismo de los noventa (Adamovsky,

2007: 95). A esa combinación podríamos sumarle incluso el impulso de otro símbolo por parte del Presidente: la crisis de 2001 como punto de inflexión en los vínculos de representación política y en el rumbo de los gobiernos argentinos, la cual estaba presente en los relatos de la mayoría de los entrevistados argentinos, aunque fuera interpretada por éstos de modos distintos.

Así como había distintas identidades parciales al interior de ambos conjuntos oficialistas, había también distintos significados, entre los entrevistados, de lo que ser oficialista implicaba o suponía para la propia organización o actor individual, en línea con Huddy (2001) y Castells (1997) en sus reflexiones sobre el carácter subjetivo de las identidades colectivas, sobre diferencias de significado en su interior y las repercusiones políticas de esas diferencias. En el caso de los oficialismos de Lula y Kirchner, ser oficialista tenía implicancias diferentes para los distintos actores del conjunto y, así, las definiciones de pertenencia se mostraban diversas. Por ejemplo, desde sellos partidarios aliados a Lula se elogiaban justamente las medidas del gobierno que muchos petistas o actores del denominado “bloque democrático-popular” criticaban¹⁸. En el caso argentino, no se elogiaban medidas opuestas pero sí había diferentes énfasis, algunos más centrados en la recuperación económica, por ejemplo, y otros colocados más bien en medidas como la renovación de la Corte Suprema y la política de derechos humanos.

En Argentina, la noción de una pertenencia primaria al peronismo muy por encima de una pertenencia circunstancial al oficialismo estaba muy presente en las entrevistas a dirigentes y militantes del PJ. Para los

¹⁸ Otro ejemplo: cuando en 2002 muchos candidatos del PT de Alagoas renunciaron a sus candidaturas como forma de rechazo a la alianza electoral del PT con el PL, forzada desde el Directorio Nacional petista sobre el directorio estadual, João Caldas, presidente del PL de Alagoas afirmaba “Lula mostró que no va a quedar rehén de los radicales del partido, mostró que el PT cambió” (*Folha de São Paulo*, 5/7/2002). Su comentario, que elogiaba la decisión del Directorio Nacional del PT de intervenir al PT-Alagoas (PT-AL) era una muestra más de lo heterogéneas y hasta opuestas que eran las definiciones de pertenencia de los distintos actores. Mientras que para gran parte del PT apoyar a Lula en esa coyuntura significaba hacerlo a pesar de ese quiebre, para Caldas, esa decisión reforzaba su propio apoyo a Lula.

entrevistados del PJ de La Matanza, por ejemplo, el “nosotros” era la red local –o el conjunto de redes territoriales y estatales de la localidad– a la que pertenecían y que respondía al intendente, y no el gobierno nacional, que era visto como otro actor separado. Por eso utilizaban términos como “jugar” en el Frente para la Victoria, o “acompañar” al presidente Kirchner¹⁹. La pertenencia era primero al peronismo, y a su organización formal, el PJ.

Desde el kirchnerismo no PJ entrevistado, en cambio, la definición de pertenencia adquiría un carácter identitario con la figura de Kirchner mismo y con los símbolos que éste había promovido. En relación con el conjunto como totalidad, en cambio, algunos transversales entrevistados exhibían una definición de pertenencia más pragmática y menos afín, enfatizando la existencia de actores indeseables dentro del oficialismo, mientras que otros presentaban una noción más estricta, y hasta prescriptiva, de lo que la pertenencia al “proyecto” significaba. Mariano era un ejemplo de los primeros; y Román, del segundo grupo:

Dolores: Entonces me decías, ¿hubo diferentes lecturas en la organización sobre el gobierno?

Mariano: Hubo mucha renovación. Está todo bien para mí. Scioli no es mi candidato, ni de cerca. Y como Scioli, miles de otros intendentes. Ahora, vayamos a construir, si querés, una alternativa a eso cuando nos construyamos como alternativa. Lo tengo a un duhaldista de un lado, con mucha fuerza, y a un kirchnerista, que no es de los más avanzados si querés... y si yo me retiro de las filas del kirchnerismo y armo una lista propia, lo único que hago es sacarle votos [...]. Nosotros somos una fuerza independiente del gobierno. O sea, lo apoyamos porque creemos que hay un camino que compartimos.

(Entrevista N° 31 en Argentina. Mariano, militante del Partido Comunista Congreso Extraordinario, PCCE.)

Román: [En referencia a legisladores electos en la lista oficialista y que luego habían formado o integrado bloques separados] ¿Por qué uno puede integrar una lista, para ingresar [como legislador], y después no ser parte del bloque al cual pertenece? [...] Yo soy crítico en ese sentido. Yo creo que... acá hay dos formas de mirar esto. [...] Si uno esto lo mira desde su perspectiva individual, y de su proyección personal; si uno lo mira desde su pertenencia de grupo; o si uno mira esto en función de un proyecto, ¿no? [...]. A mí me eligieron para ser parte de este proyecto, no para ser... no somos librepensadores, eso es lo que hay que cambiar. Nosotros, uno piensa como ser parte de un proyecto. Si yo fuera librepensador, bueno, dediquémonos a escribir. [...] Cuando uno es parte de un proyecto, debe someterse a ese proyecto.

(Entrevista N° 36 en Argentina. Román, legislador kirchnerista de la Provincia de Buenos Aires.)

Esa última definición de pertenencia guardaba similitudes con el modo en que se definía la pertenencia partidaria y al oficialismo entre los entrevistados petistas (y también del PCdoB), aunque paradójicamente era esbozada por un legislador argentino que había elegido no pertenecer al PJ y que no se había integrado a ninguna otra fuerza política formal. Se trataba de una definición de pertenencia vinculada a la noción de la representación parlamentaria como un mandato condicionado estrictamente por las posiciones que asuma la organización o frente a través del cual fue electo ese legislador. Era, nuevamente, una definición más estricta de la pertenencia al oficialismo, con mayores implicancias. Pero era esbozada por un legislador vinculado a un gobierno sin la mediación de un partido. Paradójicamente, un legislador no encuadrado (ni con pretensiones de hacerlo en el futuro) en una organización partidaria esbozaba una definición de pertenencia similar a la propia de una identidad partidaria como la de los partidos organizativos de masas –usando el concepto de Duverger (1957)–, partidos disciplinados y que concebían el mandato parlamentario individual como atado a las posiciones asumidas por el partido en forma colectiva.

En Brasil, por otro lado, para los petistas, la pertenencia al oficialismo se definía a partir de su inscripción en el propio partido. Pertenecer

¹⁹ Ello evoca una frase comúnmente utilizada en el PJ, “el que pierde, acompaña”, usada para ilustrar la decisión, muy frecuente por parte de las fracciones internas opositoras a una dominante, de realinearse en torno al liderazgo triunfante en, por ejemplo, unas elecciones internas.

al oficialismo implicaba entender la necesidad de gobernabilidad y sus consecuencias no deseadas para el perfil y la identidad del PT. Pertenecer al oficialismo era no haber abandonado el partido y el gobierno a pesar del rumbo que éste había tomado, como sí lo habían hecho otros petistas que ahora eran del PSOL. La pertenencia aparecía vinculada a un “compromiso a pesar de” —a pesar de la política de alianzas con partidos que, según se creía, nada tenían que ver con el PT, a pesar del rumbo del gobierno— y no a “un compromiso como resultado de”, como sí se veía entre los kirchneristas no PJ en Argentina —compromiso, apoyo y pertenencia al oficialismo como resultado de las políticas asumidas por el gobierno²⁰. Los entrevistados petistas defendían al gobierno por todo lo que éste —su propio líder, sus funcionarios del PT, etc.— encarnaba en términos de lucha histórica social y política, y por la importancia que tenía su propia existencia —el primer presidente del PT y con el perfil que tenía Lula—, más que por la orientación de sus medidas como gobierno. Veamos ejemplos ilustrativos de esa definición en Brasil:

Dolores: ¿Qué te acordás, cómo fue para Uds. en tu sector ese primer año en el gobierno?

Gaspar: Y... fue muy difícil, muy difícil. Creo que para [su sector dentro del partido] fue un impacto muy grande. Terminar teniendo que obligarse a sí mismos a hacer una defensa de un gobierno que, a pesar de ser un gobierno que nosotros construimos, construimos para que fuera electo, no lo conseguíamos entender muy bien.

(Entrevista N° 17 en Brasil. Gaspar, dirigente del PT de Río de Janeiro.)

Dolores: ¿Te acordás cómo vivieron ustedes, en particular, en tu sector, todo ese proceso de salidas, en 2003 y 2005, de legisladores del PT que después formaron el PSOL? ¿Cómo vivieron ustedes ese proceso? ¿Los afectó de algún modo?

Ingrid: De mi sector no salió nadie. Quedamos muy tristes porque algunas personas se fueron del PT. Creo que esas personas tensaban

internamente y eso ayudaba al PT a ir a la izquierda, pero también pensé que para esas personas estaba siendo difícil entender lo que significa ser gobierno, porque una cosa es aquello de lo que te hablaba antes, criticar internamente, tensar para que las cosas avancen. Y otra cosa es que sean oposición. Estar en un partido que está en el gobierno y comenzar a hacer oposición.

(Entrevista N° 28 en Brasil. Ingrid, legisladora del PT en Río de Janeiro.)

Se ponía en juego, entonces, una definición de pertenencia al oficialismo muy asociada a la propia organización de pertenencia, el PT, más incluso que a símbolos promovidos por el líder durante su gobierno (a diferencia de lo que ocurría con los transversales kirchnerista).

Y esa definición de pertenencia aparecía, también, como fruto del contraste con lo que los entrevistados petistas consideraban que era el modo de concebir la pertenencia al oficialismo por parte de los actores de sellos partidarios “fisiológicos”, es decir de aquellos aliados vistos como circunstanciales: el acuerdo programático se oponía, así, al oportunismo; la identidad política como nexo se oponía al intercambio instrumental atribuido a esos actores. Una definición de pertenencia basada en la trayectoria común aparecía contrastada por los entrevistados con lo que se asumía como una definición de pertenencia al oficialismo íntimamente vinculada a la relación institucional con el Estado, a través de cargos en el gabinete o en cargos menores en el gobierno.

Observaciones finales

Este artículo ha analizado la cuestión de las identidades al interior del oficialismo y modos en los que distintos actores colectivos dentro del conjunto definían su pertenencia al mismo. He argumentado que esas definiciones identitarias y de pertenencia diferían entre los actores y organizaciones oficialistas, y hasta incluso se perfilaban opuestas. También, que se trataba, por otro lado, de identidades y definiciones de carácter diferente a lo que en el pasado era la identidad partidaria o la pertenencia a un partido político. Y que las propias identidades petista y peronista sufrieron transformaciones durante los gobiernos de Lula y Kirchner,

²⁰ Por supuesto, en el caso argentino también hay elementos del rumbo de gobierno que esos entrevistados criticaban, pero la forma de definir la pertenencia enfatizaba mucho más esa noción de compromiso “como resultado de” que “a pesar de”.

proceso que los entrevistados también advertían e intentaban comprender bajo sus propios marcos interpretativos aun cuando considerasen que el PT y el PJ seguían siendo una suerte de excepción al escenario político nacional de desafección entre la ciudadanía y los partidos.

En Brasil, los entrevistados —tanto los petistas como otros oficialistas— caracterizaban el voto del electorado brasileiro como un voto personalizado, carente de identificación partidaria, con campañas individuales en las que los partidos perdían presencia y los votantes conocían a los candidatos pero no sabían, en muchos casos, de qué fuerza provenían. Por otro lado, los entrevistados coincidían en concebir al PT como una suerte de excepción a esa situación, pero, a la vez, muchos sostenían que en los últimos años había ido perdiendo un poco ese carácter excepcional, que había ido mimetizándose con el contexto de personalización de la política en Brasil.

En Argentina, para los entrevistados del PJ de La Matanza, su propio distrito era la expresión de un voto partidario (al justicialismo). Pero a la hora de esbozar una lectura sobre la sociedad argentina en términos generales, aparecía —con distinta fuerza según el caso— la noción de que ese voto partidario ya no era la regla. Es decir, por un lado, sostenían insistentemente que La Matanza era netamente peronista, y que esa identidad era imbatible y duradera allí, especialmente en las localidades de La Matanza más alejadas de la Ciudad de Buenos Aires. Pero, por otro, reconocían que a nivel nacional las identidades partidarias estables ya no eran una característica del escenario político-electoral. En otros términos, estos entrevistados consideraban a La Matanza como un caso particular y diferenciado en un contexto nacional de incertidumbre y volatilidad electoral.

Se observaba, en consecuencia, tanto entre los entrevistados del PJ como entre los del PT, una tensión implícita entre su visión del propio partido como excepción a la fluctuación y volatilidad que afectaba al resto de las identidades políticas, y un reconocimiento de que efectivamente las transformaciones que habían experimentado el PT y el PJ y el contexto político-electoral nacional en el que actuaban habían configurado una realidad ante la que esos partidos tampoco eran inmunes.

Pero, ¿qué sucedió con esas dos identidades, petista y peronista, durante los gobiernos de Lula y Kirchner, respectivamente? ¿Y cómo jugaban ambas dentro de las distintas fuerzas políticas oficialistas?

En Argentina, la identidad peronista era hallada en la mayoría de los actores oficialistas como algo ineludible a la hora de las apelaciones políticas (no en torno al PJ como partido, sin embargo). Al interior de la transversalidad, por ejemplo, aunque era un espacio kirchnerista no perteneciente al Partido Justicialista, la vinculación con la identidad peronista era, no obstante, intensa. Aunque explícitamente dissociada del vínculo con el PJ como organización partidaria, la identidad peronista aparecía manifestada como propia por muchos entrevistados kirchneristas.

Pero, entre los transversales que se reivindicaban peronistas o con alguna influencia de esta identidad, se hacía presente una acepción del “ser peronista” diferente de la pertenencia partidaria. Una identidad que aparecía en los entrevistados como algo irreductible al PJ como organización, como más amplia y trascendente a la estructura partidaria e incluso que podía ser dissociada de las estructuras y redes del partido.

En cambio, era la otra acepción del “ser peronista” la que predominaba en los entrevistados del PJ: una identidad directamente pensada en asociación con el Partido Justicialista, con el “peronismo organizado”, y que era reivindicada por esos entrevistados que mostraban cierta disconformidad por el estado de *impasse* en el que Kirchner había mantenido al PJ durante todo su gobierno, y que reclamaban un rol de fuerza motriz para el PJ dentro del oficialismo.

Ambas acepciones de lo que ser peronista implicaba constituían, en la práctica, dos identidades parciales diferentes dentro del oficialismo kirchnerista (que, he argumentado, carecía de una identidad propia operante para todos sus actores), dado que reivindicaban, por ejemplo, significados e implicancias distintas en torno a la representación política y a la forma en que se concebía una identidad política, si como partidaria o bien como pasible de transcurrir y desarrollarse por fuera de un partido.

Por el contrario, la identidad petista era indisociable del PT. De hecho, ningún entrevistado esgrimía de modo sostenido una identidad petista externa al partido, aun existiendo críticas a las modificaciones organiza-

tivas que el PT atravesó desde los años noventa. Existía una sola acepción de la identidad petista en términos prácticos o de pertenencia partidaria (aunque hubiera múltiples corrientes dentro del partido con posiciones programáticas diferentes).

Asimismo, he reflexionado sobre dos fenómenos postulados durante el periodo en la prensa con respecto a ambas fuerzas políticas: el de una despetización y de una desperonización de los gobiernos de Lula y Kirchner, respectivamente. Es decir, de un distanciamiento simbólico de ambos líderes respecto de sus partidos de origen. En torno a esos diagnósticos, los entrevistados presentaban lecturas diferentes en ambos países.

En Argentina, aunque no se referían ellos mismos explícitamente a una desperonización del gobierno, los entrevistados del PJ daban cuenta de una lectura interna en esa dirección, una lectura que identificaba un relegamiento de la iconografía peronista en las apelaciones políticas de Kirchner y, sobre todo, que consideraba que el presidente había desestimado al PJ en tanto eje organizativo del oficialismo. Esto se veía tanto en aquellos entrevistados del PJ que habían apoyado a Chiche Duhalde en 2005 como en aquéllos que se posicionaron junto al gobierno en esas mismas elecciones.

En Brasil, la idea de la despetización del gobierno de Lula era recibida por los entrevistados petistas como una lectura superficial y hasta malintencionada por parte de los medios y de actores oficialistas hostiles al PT. Predominaba, así, un rechazo a esa tesis, aunque emergía en algunos la idea de que, durante el periodo previo a la victoria en las elecciones de 2002, Lula había ido distanciándose del PT en tanto polo formulador de políticas de un futuro gobierno (siendo la *Carta ao Povo Brasileiro*, que contradecía lo decidido en el último congreso del partido en diciembre de 2001, el ejemplo paradigmático). Pero no se observaba en los entrevistados petistas esa tensión entre la base militante identificada como petista y un gobierno supuestamente distanciado del folklore y de la simbología del PT, como sí aparecía en las entrevistas del caso argentino, aunque Lula efectivamente pudiera haber protagonizado tal distanciamiento y se hubiera constituido como un liderazgo sin mediaciones.

En ambos casos, estos dos líderes populares habían aglutinado en sus bases de sustentación activa a actores por fuera de sus partidos de origen, aunque sin instituir una identidad kirchnerista o lulista que fuera operante para todo el conjunto oficialista o que sustituyera en forma total la presencia de las identidades petista y peronista.

Otra cuestión que ha abordado este artículo es, sosteniendo la ausencia de una identidad compartida por el conjunto, la existencia de distintas identidades oficialistas parciales, en tanto no aglutinaban o representaban a todos los actores dentro del conjunto. Identidades que, en algunos casos, se asemejaban más o podían coexistir sin tensión, mientras que en otros portaban elementos antagónicos unas con otras. No se ha procurado enumerar y describir a todas ellas sino más bien presentar evidencia de la existencia de esa diversidad a través del testimonio de los entrevistados.

Dos de esas identidades parciales, como hemos visto, portaban especial riqueza para establecer un contraste entre ambos oficialismos, el de Lula y el de Kirchner. En el caso brasileiro, había una identidad compartida por actores que se consideraban a sí mismos el núcleo oficialista más leal al Presidente (como ya vimos, el propio PT, y aliados históricos de éste, como el PCdoB, y dos organizaciones que no he tomado aquí, la CUT y el MST). Esa identidad se presentaba como asociada a la trayectoria de lucha sindical, social y política de Lula y del PT (y no se dissociaba a Lula del PT en la vinculación identitaria de estos actores con el gobierno) mucho más que a la coyuntura del primer gobierno en sus medidas concretas (que eran, por otro lado, criticadas por varios de esos actores). Es decir, se perfilaba como una identidad en términos de la relación histórica entre las organizaciones de pertenencia de los entrevistados. En Argentina, en cambio, aquello con lo que los transversales (además de las organizaciones sociales y los grupos oficialistas dentro de la Central de Trabajadores de la Argentina (CTA), que no han sido analizados en este artículo) se identificaban era el Kirchner pos-llegada al poder, su propia figura una vez que asumió, aquél que desarrollaba medidas inesperadas y por las cuales se habían sentido convocados. No su partido de origen ni tampoco la trayectoria política del líder. En el caso de Kirchner, esa identidad parcial se construía, no alrededor de la tradición partidaria que

el presidente representaba (PJ), sino a partir de la experiencia concreta de sus medidas de gobierno y de símbolos de los que Kirchner, recién después de asumir su cargo, se apropiaba y combinaba para sustentar su apelación política (principalmente, el setentismo, la demonización del neoliberalismo y la interpretación de la crisis de 2001 como un punto de inflexión en los lazos de representación en el país).

Se observa, entonces, un contraste entre Brasil y Argentina en torno a dos identidades parciales que se delineaban dentro de estos oficialismos. Una definida por trayectorias comunes entre las organizaciones de pertenencia de los entrevistados, en Brasil. Y otra basada en apelaciones políticas del líder con posterioridad a su llegada al poder más que en lazos organizativos, y que no derivaba tampoco en nuevos lazos organizativos concretos entre esos actores que se consideraban parte de una misma identidad parcial, en Argentina. Pero también se hacían presentes identidades muy diferentes a éstas dentro del oficialismo, con lecturas sobre el pasado (sobre los años setenta y noventa, en Argentina; o sobre el gobierno de Fernando Henrique Cardoso, en Brasil) y sobre el presente que estaban en directo antagonismo con esas apelaciones antes analizadas.

En el marco, entonces, de dos liderazgos de popularidad (Cheresky, 2007) que ejercían un distanciamiento simbólico de sus partidos de origen en un contexto de identidades y alineamientos políticos fluctuantes, había una propuesta identitaria en el kirchnerismo, a través de los símbolos antes mencionados movilizados por el Presidente, pero la misma no se traducía, en el conjunto oficialista, en nueva fuerza organizada y estructurada de sustentación del Presidente, ni tampoco en una identidad que fuera operante para todos los actores colectivos del conjunto, sino que permanecía como una identidad parcial, y sin un correlato organizativo permanente, dentro de un conglomerado con actores portadores también de otras identidades, otros símbolos, otras lecturas sobre el pasado reciente.

En Brasil, por otro lado, la estrategia de ampliación de la base oficialista en las cámaras legislativas y en los estados había dejado a pocos actores fuera del oficialismo (recordemos la preocupación de Vítor, dirigente petista, que decía que no quedaba claro contra qué o quién se hacía la política de alianzas, que la misma dificultaba ya la posibilidad de

una demarcación política). Se configuraba, así, un oficialismo de identidades que se consideraban en tensión y sobre las cuales no se erigía una identidad sustituta “lulista” que fuera operante para todos los actores (aunque efectivamente existiesen actores lulistas que no eran petistas). Y las organizaciones preexistentes, especialmente las aliadas históricas a Lula (PT, PCdoB, MST, CUT, y otras menores), no impulsaban tampoco la formación de tal identidad superadora, reconociendo que había actores oficialistas apoyando al presidente por fuera de ese “núcleo” más leal, pero que esos actores eran reticentes a la base organizativa histórica que había estado detrás de Lula, y a la trayectoria y símbolos que esas organizaciones sindicales, sociales y políticas promovían.

No solo se ha argumentado la ausencia de una identidad compartida por los distintos actores del oficialismo sino que también entre estos últimos eran diversos —en ambos países—, los modos de definir el “nosotros” en la pertenencia al conjunto y de entender así lo que ser oficialista implicaba para la propia organización o para el actor individual.

En el espacio partidario en Argentina, los entrevistados del PJ exhibían la noción de una pertenencia primaria al peronismo muy por encima de la pertenencia —considerada más circunstancial— al oficialismo. Los entrevistados no equiparaban el “nosotros” al gobierno nacional —el cual era percibido como un actor distinto— sino que lo identificaban con su red local de pertenencia —o conjunto de redes territoriales y estatales— referenciada en el intendente.

En cambio, para los kirchneristas que no estaban dentro del PJ (transversales del espacio partidario), la definición de pertenencia no se planteaba en términos de una relación entre sus propias organizaciones de pertenencia y la del Presidente, sino que adquiría un carácter identitario con la figura de Kirchner mismo y la simbología promovida por él. No obstante, al ser consultados por el conjunto como totalidad algunos transversales definían su pertenencia más pragmáticamente, destacando la presencia de actores indeseables dentro del oficialismo, y admitían la posibilidad de éstos dominasen el conjunto oficialista en el futuro. Otros transversales, como Román, que no pertenecía formalmente a una fuerza partidaria pero se inscribía a sí mismo en el sello “Frente para la Victoria”,

presentaban una noción estricta, y hasta prescriptiva, de pertenencia al “proyecto”. Una definición paradójicamente similar, en un entrevistado sin pertenencia partidaria, a la de los petistas más ortodoxos en términos de disciplina interna del partido.

Desde la óptica de los entrevistados petistas en Brasil, la pertenencia al oficialismo se definía explícitamente sobre la base de la pertenencia partidaria al PT e implicaba el reconocimiento de la necesidad de gobernabilidad y sus consecuencias no deseadas para el perfil y la identidad del PT. Y esa definición de pertenencia se definía, además, en explícito contraste con lo que estos entrevistados consideraban que era el modo de definir la pertenencia por parte de los aliados circunstanciales, de los sellos partidarios vistos como “fisiológicos”: así, el acuerdo programático e histórico era ungido como opuesto al oportunismo de esos “otros” dentro del oficialismo; la identidad política, como opuesta al intercambio instrumental en el marco del poder del Estado. Ese mismo contraste era expresado por entrevistados de fuerzas aliadas autoconcebidas como leales e históricas, que también presentaban definiciones de pertenencia al oficialismo mediadas por sus propias organizaciones de origen.

Bibliografía

- Adamovsky, Ezequiel (2007), *Más allá de la vieja izquierda. Seis ensayos para un nuevo anticapitalismo* (Buenos Aires: Prometeo).
- Altamirano, Carlos (2004), “‘La lucha por la idea’: el proyecto de la renovación peronista” en Novaro, Marcos y Palermo, Vicente (comps.) *La historia reciente. Argentina en democracia* (Buenos Aires: Edhasa).
- Amaral, Oswaldo (2010), *As transformações na organização interna do Partido dos Trabalhadores entre 1995 e 2009* (Campinas: Doutorado em Ciência Política, UNICAMP).
- Anguita, Eduardo y Caparrós, Martín (1996), *La voluntad* (Buenos Aires: Norma).
- Arfuch, Leonor (2002), “Introducción” en Arfuch, Leonor (comp.) *Identidades, sujetos y subjetividades* (Buenos Aires: Prometeo).
- Castells, Manuel (1997), *The Power of Identity* (Oxford: Blackwell).
- Cheresky, Isidoro (2006a), “Introducción” en Cheresky, Isidoro (comp.) *Ciudadanía, Sociedad Civil y Participación Política* (Buenos Aires: Miño y Dávila).

- (2006b), “La política después de los partidos” en Cheresky Isidoro (comp.) *La política después de los partidos* (Buenos Aires: Prometeo).
- (2006c), “Un signo de interrogación sobre la evolución del régimen político” en Cheresky, Isidoro (comp.) *La política después de los partidos* (Buenos Aires: Prometeo).
- (2007), “Los desafíos democráticos en América Latina en los albores del siglo XXI” en Cheresky, Isidoro (comp.) *Elecciones presidenciales y giro político en América Latina* (Buenos Aires: Manantial).
- Coggiola, Osvaldo (2003), “La crisis en el PT de Brasil” en *En Defensa del Marxismo* (Buenos Aires) Año 11, N° 31, agosto.
- De Souza Carreirão, Yan (2008), “Opiniões políticas e sentimentos partidários dos eleitores brasileiros” en *Opinião pública* (Campinas) Vol. 14, N° 2, noviembre.
- Duverger, Maurice (1957), *Los partidos políticos* (México: Fondo de Cultura Económica).
- Elliot, A. (2001), *Concepts of the Self* (Cambridge: Polity).
- Freire de Lacerda, Alan (2002), “O PT e a Unidade Partidária como Problema” en *Dados, Revista de Ciências Sociais* (Río de Janeiro) Vol. 45, N° 1.
- García, Raúl y Montenegro, Néstor (eds.) (1986), *Hablan los Renovadores* (Buenos Aires: Ediciones de la Galera).
- Godio, Julio (2003), *Luces y sombras en el primer año de transición. Las mutaciones de la economía, la sociedad y la política durante el gobierno de Eduardo Duhalde* (Buenos Aires: Biblos).
- Gordillo, Marta y Lavagno, Víctor (1987), *Los hombres de Perón. El peronismo renovador. Entrevistas inéditas* (Buenos Aires: Puntosur).
- Greene, Steven (2004), “Social Identity. Theory and Party Identification” en *Social Science Quarterly* (Oklahoma) Vol. 85, N° 1, marzo.
- Guidry, John (2003), “Not just another labour party. The workers’ party and democracy in Brazil” en *Labor Studies Journal* (West Virginia) Vol. 28, N° 1, primavera.
- Hochstetler, Kathryn y Friedman, Elisabeth (2008), “Representação, partidos e sociedade civil na Argentina e no Brasil” en *Caderno CRH* (Bahia) Vol. 21, N° 52, enero/febrero.
- Huddy, Leonie (2001), “From Social to Political Identity: A critical examination of Social Identity Theory” en *Political Psychology* (Malden), Vol. 22, N° 1, marzo.
- Hunter, Wendy (2007), “The Normalization of an Anomaly: The Workers’ Party in Brazil” en *World Politics* (Cambridge), N° 59.
- Jenkins, Richard 1996 *Social Identity* (Londres: Routledge).

- Kinzo, María (2005), "Os partidos no eleitorado: percepções públicas e laços partidários no Brasil" en *Revista Brasileira de Ciências Sociais* (San Pablo) Vol. 20, N° 57, febrero.
- Kirchner, Néstor y Di Tella, Torcuato (2003), *Después del derrumbe: teoría y práctica política en la Argentina que viene* (Buenos Aires: Galerna).
- Levitsky, Steven (2003), *Transforming Labor-Based Parties in Latin America. Argentine Peronism in Comparative Perspective* (Cambridge: Cambridge University Press).
- Mainwaring, Scott (1999), *Rethinking Party Systems in the Third Wave of Democratization: The case of Brazil* (California: Stanford University Press).
- Manin, Bernard (1992), "Metamorfosis de la representación" en Dos Santos, Mario (coord.) *¿Qué queda de la representación política?* (Caracas: CLACSO-Nueva Sociedad).
- Meneguello, Rachel y Amaral, Oswaldo (2008), "Ainda novidade: uma revisão das transformações do Partido dos Trabalhadores no Brasil" en *BSP Occasional Papers* (Oxford) N° 2.
- Michels, Robert 1972 *Los partidos políticos: un estudio sociológico de las tendencias oligárquicas de la democracia moderna* (Buenos Aires: Amorrortu).
- Montero, José y Gunther, Richard (2002), "Los estudios sobre los partidos políticos: una revisión crítica" en *Revista de Estudios Políticos (Nueva Época)* (Madrid) N° 118, octubre-diciembre.
- Natanson, José (2004), *El presidente inesperado* (Rosario: Homo Sapiens).
- Ottmann, Goetz (2006), "Cidadanía mediada. Procesos de democratización da política municipal no Brasil" en *Novos Estudos* (San Pablo) N° 74, marzo.
- Paiva, Denise; Braga, Maria; Pimentel Jr., Jairo (2007), "Eleitorado e partidos políticos no Brasil" en *Opinião pública* (Campinas) Vol. 13, N° 2, noviembre.
- Palermo, Vicente (2000), "Como se Governa o Brasil? O Debate sobre Instituições Políticas e Gestão de Governo" en *Dados, Revista de Ciências Sociais* (Río de Janeiro) Vol. 43, N° 3.
- (2003), "El PT desde la oposición al gobierno y las gestiones de Fernando Henrique Cardoso" en Palermo, Vicente (comp.) *Política brasileña contemporánea. De Collor a Lula en años de transformación* (Buenos Aires: Siglo XXI).
- Palermo, Vicente y Novaro, Marcos (1996), *Política y poder en el gobierno de Menem* (Buenos Aires: Editorial Norma).
- Perón, Juan Domingo [2006(1952)], *Conducción Política* (Buenos Aires: Instituto Nacional "Juan Domingo Perón" de Estudios e Investigaciones Históricas, Sociales y Políticas).
- Pousadela, Inés (2007), "Argentinos y brasileños frente a la representación política" en Grimson, Alejandro (comp.) *Pasiones nacionales. Política y cultura en Brasil y Argentina* (Buenos Aires: Edhasa).
- Power, Timothy (2008), "Centering Democracy? Ideological Cleavages and Convergence in the Brazilian Political Class" en Power, Timothy y Kingstone, Peter (eds.) *Democratic Brazil Revisited* (Pittsburgh: University of Pittsburgh Press).
- Ribeiro, Pedro (2008), "Algunas notas sobre as eleições brasileiras de 2006: disputa presidencial e reafirmação da força eleitoral do PT" en Santander, Carlos y Freire Penteado, Nelson (orgs.), *Os processos eleitorais na América Latina (2005-2006)*, (Brasilia: LGE).
- Rodríguez, Darío (2005), "Nuevas formas políticas y cambios en el Peronismo", Ponencia presentada en el Séptimo Congreso Nacional de Ciencia Política de la Sociedad Argentina de Análisis Político (SAAP), 15 al 18 de noviembre.
- Roma, Celso (2006), "Organizaciones de partido en Brasil: El PT y el PSDB bajo perspectiva comparada" en *América Latina Hoy* (Salamanca) N° 44.
- Salvat (1992), *Gran Diccionario Salvat* (Barcelona: Salvat Editores).
- Santos, Fabiano y Vilarouca, Márcio (2008), "Political Institutions and Governability from FHC to Lula", en Power, Timothy y Kingstone, Peter (eds.) *Democratic Brazil Revisited* (Pittsburgh: University of Pittsburgh Press).
- Sartori, Giovanni [1980(1976)], *Partidos y sistemas de partidos. Marco para un análisis* (Madrid: Alianza).
- Sidicaro, Ricardo (1990), "Identidades políticas y adversarios sociales" en *Relato de Hechos e Ideas* (Buenos Aires) Año 1, N° 1, enero-febrero.
- Svampa, Maristella (2009), "Introducción" en Svampa, Maristella (ed.) *Desde abajo. La transformación de las identidades sociales* (Buenos Aires: Biblos).
- Tavares Soares, Laura et al. (coords.) (2004), *Governo Lula, descifrando o enigma* (San Pablo: Viramundo).
- Touraine, Alain (1999), "Las políticas nacional-populares" en Mackinnon, María y Petrone, Mario (comps.) *Populismo y neopopulismo en América Latina. El problema de la Cenicienta* (Buenos Aires: EUDEBA).
- Veiga, Luciana (2007), "Os partidos brasileiros na perspectiva dos electores: mudanças e continuidades na identificação partidária e na avaliação das principais legendas após 2002" en *Opinião pública* (Campinas) Vol. 13, N° 2, noviembre.
- Vommaro, Gabriel (2004), *Los sondeos de opinión y la dinámica del espacio de la comunicación política en Argentina, desde los inicios de la transición democrática* (Buenos Aires: Maestría en Investigación Social, Universidad de Buenos Aires).

Documentos electrónicos

- Bresser Pereira, Luiz (1989), "Ideologías económicas e democracia no Brasil" en *Estudos avançados* (San Pablo: Universidad de San Pablo) Vol. 3, N° 6. En <http://>

www.scielo.br/scielo.php?pid=S0103-40141989000200004&script=sci_art-text> acceso 27 de junio de 2011.

Mainwaring, Scott y Torcal, Mariano (2011), "Party System Institutionalization and party system theory after the Third Wave of Democratization" en *Working Papers* (Notre Dame: Kellogg Institute) N° 319. En <http://kellogg.nd.edu/publications/workingpapers/WP311_320.shtml> acceso 27 de junio de 2011.

Diarios, periódicos y revistas

Folha de São Paulo (2002)(San Pablo) 5 de julio.

Uno 2007 (La Matanza) 9 de abril.

Material audiovisual

Occidente Producciones (2009), *Presidentes de Latinoamérica: Lula* [video] (Argentina: Occidente Producciones).

Página 12 (2003), *Lula, el compañero presidente* [video] (Argentina: Página 12).

Video Filmes 2004 *Entreatos* [video] (Brasil: Video Filmes).

II

Populismo, Estado y democracia en América Latina